

# EL OCCIDENTE DE LA PENINSULA IBERICA, PUNTO DE ENCUENTRO ENTRE EL MEDITERRANEO Y EL ATLANTICO A FINES DE LA EDAD DEL BRONCE

Marisa Ruiz-Gálvez Priego \*

*RESUMEN.*—Se plantea la posibilidad de viajes exploratorios desde el Mediterráneo Central al Occidental ya desde el Bronce Tardío, que proporcionaron suficiente información sobre rutas y recursos creando una infraestructura previa que explica la aparente precisión de los establecimientos fenicios del Ier milenio a.C. Estos viajes actuaron como estímulo para los contactos del Bronce Final entre el Atlántico y el Mediterráneo, pero no deben ser entendidos estrictamente como navegaciones precoloniales fenicias.

*ABSTRACT.*—On the basis of the archaeological record, the possibility is suggested of exploratory sea voyages from the Central to the Western Mediterranean from the Later Bronze Age onwards. These travels would have provided a good knowledge of the sea routes and the resources of the Iberian Peninsula, as well as building a technical and social framework which helps to explain the clearly accurate location of the first Phoenician colonies of the first Millennium b.C. Although such reconnaissance voyages acted as a stimulus for Atlantic/Mediterranean contacts, they should not be understood strictly as Phoenician precolonial travels.

*PALABRAS CLAVE:* Metalurgia prehistórica. Navegación. Sal. Ganado. Revolución agrícola. Formalismo. Substantivismo.

*KEY WORDS:* Prehistoric metallurgy. Navigation. Salt. Cattle. Agrarian revolution. Formalism. Substantivism.

## 1. INTRODUCCION: UN POCO DE GEOGRAFIA

Muhammad-al-Idrisi, geógrafo y viajero del s. XII al servicio de los reyes normandos Roger II y Guillermo I de Sicilia, nos ha regalado una preciosa narración de la formación del Estrecho de Gibraltar y de la entrada en comunicación de las aguas del Mar Mediterráneo con las del Océano Atlántico.

Cuenta el geógrafo que el Mediterráneo fue en otro tiempo un lago. Ello facilitaba las constantes incursiones belicosas de los habitantes de la costa africana en tierras españolas. A su vez, los españoles respondían atacando las de sus vecinos africanos. Esta situación se mantuvo hasta que el Gran Alejandro visitó España y enterado de ella decidió ponerle fin. Para ello hizo venir a renombrados ingenieros y señalando lo que hoy es el Estrecho de Gibraltar que entonces era tierra firme, mandó medir y comparar el nivel de los dos mares, descubriendo que el del Atlántico era algo más elevado. Así, los ingenieros construyeron un canal desde Tánger a España y cuando estuvo terminado, se abrió paso a las aguas del Océano que, por efecto del desnivel, avanza-

ron penetrando en las del Mediterráneo, inundando muchas ciudades costeras, ahogando a sus habitantes y separando finalmente ambos Continentes. Al-Idrisi afirmaba haber visto aún con sus propios ojos, los restos de los muros alejandrinos y haber navegado paralelo a ellos, a lo largo del Estrecho (García Mercadal, 1972).

Este bello relato viene a unirse a otros no menos famosos, como el de la separación por Hércules de Europa y Africa, el del Jardín de las Hespérides, el de las Gorgonas que residían en los confines de Occidente, situado en algunas versiones cerca de «la ciudad de Tartessos», y tantos otros que reflejan la idea de Finis Terrae envuelto en la bruma de la leyenda, que para geógrafos y viajeros de la Antigüedad debía representar la Península Ibérica. Hasta la Segunda Guerra Púnica (218-201 a. C.), que inicia la conquista romana de la misma, los escritores grecorromanos apenas si conocen la costa meridional y oriental, Ἰβερία, y a todos los precedentes de la Península les denominaban indiscriminadamente iberos, a pesar de que desde el s. VI a. C. en adelante, mercenarios de la costa y del interior de la Península así como de las Baleares, andan metidos en todas las refriegas del Mediterráneo.

\* Departamento de Prehistoria. Universidad Complutense de Madrid.

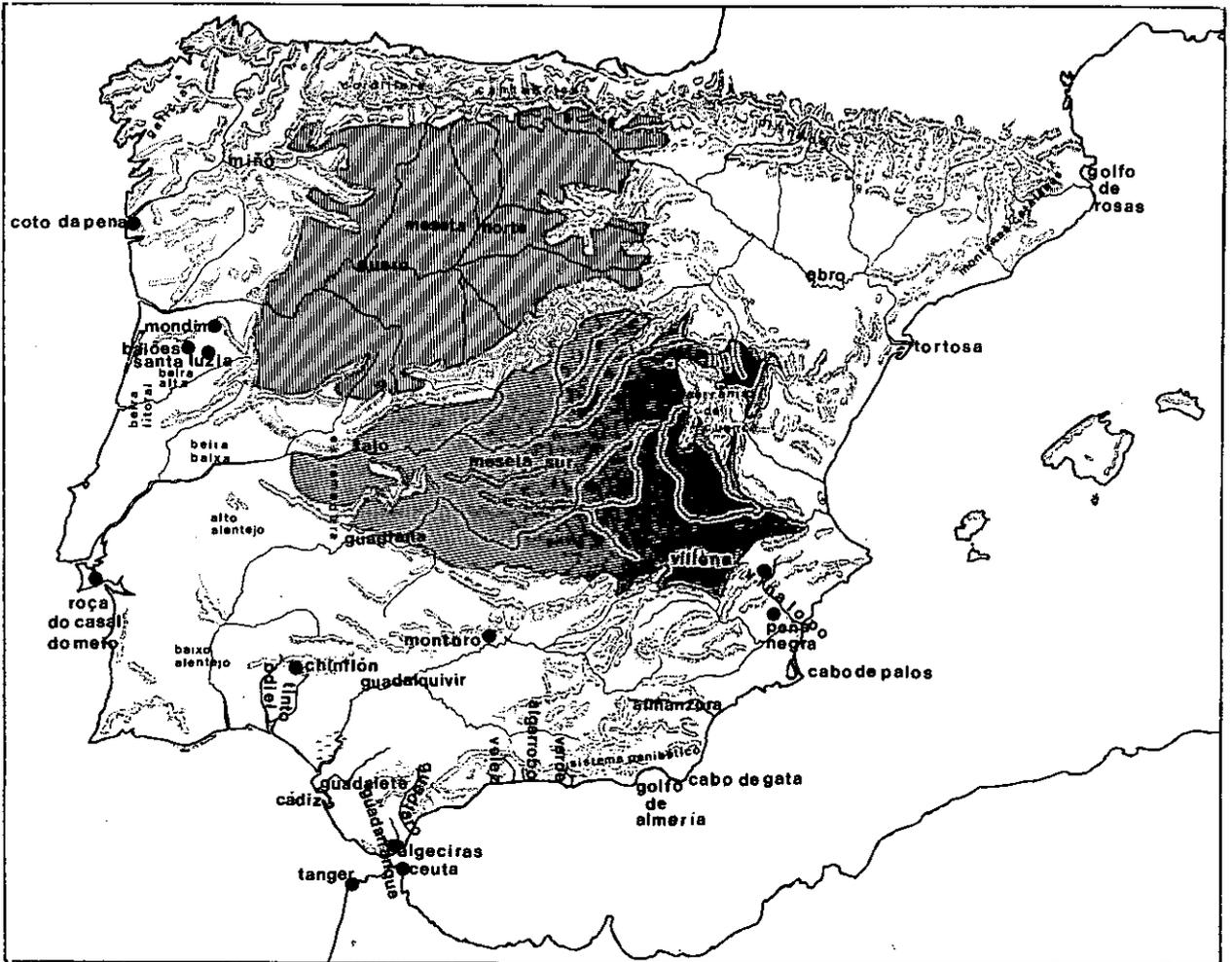


Fig. 1.—Mapa de los lugares citados en el texto.

Pero si la Península Ibérica suponía el confín del Mundo conocido para el viajero de época antigua también, por su posición geoestratégica, ha sido y aún es, un cruce de culturas, influencias y tendencias muy variadas. El ensayista Salvador de Madariaga (1979) decía que el rasgo físico característico de España, era su inaccesibilidad, su carácter de castillo. Y en efecto, así es. Situada en el extremo SO, de Europa, la Península Ibérica posee 4.124 km de costa, más de la mitad de los cuáles, bañados por el Atlántico. Es pues, puente entre el Occidente Europeo y el Oriente Mediterráneo y entre Africa y Europa, a través del dificultoso paso de Gibraltar, donde se produce un cambio en el régimen de vientos y corrientes. A la vez y a través de los pasos pirenaicos, difíciles pero que han sido filtro de población desde la Prehistoria, se comunica con el corazón de Europa (fig. 1).

Más del 82 por 100 de la superficie total de la península Ibérica corresponde actualmente a España, quién tras Suiza, es el país de mayores altitudes medias —650 m— y uno de los más montañosos de Europa, con 1/6 de suelo superando los 1.000 m de altura y un territorio quebrado que hace que se produzcan en pocos kilómetros grandes diferencias de altitud. Si a ello

añadimos la presencia, en su corazón, de una elevada Meseta rodeada de cadenas montañosas, aislada del litoral y castigada por un duro clima continental, con temperaturas inferiores a 0° C en invierno y por encima de 40° C en verano, se comprenden fácilmente varios rasgos de nuestra Historia. En primer lugar, la enorme dificultad de las comunicaciones interiores y la importancia política y estratégica del control de los puntos que, a través de los pasos de montaña, de los ríos y los valles fluviales, permiten la circulación entre la costa y el interior. En segundo lugar, la tradicional tendencia centrífuga de la población y la concentración humana más densa en las áreas litorales. Y lo que es más importante para las ideas que voy a tratar de defender en este trabajo, el uso preferente por las poblaciones costeras del mar como vía de comunicación y transporte, tendencia que se continuó hasta la generalización del ferrocarril. Y eso, a pesar de que gran parte de la costa es rectilínea y ofrece escasos puertos y abrigos (fig. 1).

Este es el caso de la cornisa cantábrica, donde las estribaciones montañosas llegan hasta el mar. Ello condiciona una costa escarpada y recta, azotada por un violento oleaje, con pocas bahías y de escasa amplitud.

Como señala el geógrafo Angel Cabo (1973:49), no son las condiciones más favorables para el desarrollo de una actividad marinera y sin embargo, la hubo. Aislada del interior por la cordillera cantábrica, con suelos ácidos de agricultura poco rentable hasta la introducción del maíz en el s. XVIII, y una ganadería extensiva, la explotación de los recursos del mar constituía la única respuesta. En el litoral galaico, las condiciones son parecidas, pero la costa algo mejor, con valles hundidos que han dado lugar a la formación de rías, similares a los fiordos noruegos. Y también en la parte portuguesa, donde la llanura costera se amplía. Por último, la depresión del Guadalquivir se abre suavemente hacia el Atlántico y ofrece el atractivo complementario de la explotación de la sal marina.

Hay que tener en cuenta también que la configuración de la desembocadura del Guadalquivir, como la conjunta de los ríos Tinto y Odiel, —lo que constituye la Ría de Huelva—, han cambiado y eran distintas en el momento de las navegaciones mediterráneas a la Península. Según los historiadores antiguos, la actual marisma del Odiel fue mar abierto, transformado paulatinamente en una laguna, a través de la cual era posible acceder en embarcaciones hacia los puertos situados en los cerros del interior y que realizaban importantes actividades pesqueras (Díaz 1989:19; Ruiz Mata 1990:60). Asimismo, las actuales marismas del Guadalquivir donde se sitúa la reserva natural de Doñana, estuvieron inundadas y se conocen en la Ora Marítima como *Lacus Licustinus*, constituyendo una amplia bahía, poco profunda y muy abierta al Atlántico, en torno a la cual están emplazados los principales yacimientos Calcolíticos y del Bronce Final/Edad del Hierro. Entre ellos, la propia Sevilla (Caro 1989: fig. 2 y págs. 87-89). Otro tanto ocurre con la desembocadura del río Guadalete y el puerto de Cádiz, la antigua Gadir (Escacena 1985: 39 y ss; Aubet 1987: 232 y ss; Caro 1989: fig. 3 y pág. 89) (fig. 1).

Otros atractivos complementarios de la mitad occidental de la Península son en primer lugar (fig. 2), el estar situada dentro de un circuito de navegación natural atlántica, constituido por uno de los ramales en que se divide la corriente del Golfo al cruzar el Atlántico que, a favor de los vientos del Oeste, se dirige hacia el Sur bordeando las costas de Galicia y Portugal en dirección a Canarias y hacia el Mediterráneo por Gibraltar. Esta corriente se divide en dos a la altura de los meridianos de Ceuta y Algeciras: una hacia la costa española y otra hacia la africana, lo que permite navegar aprovechando la corriente hasta la altura de Argelia o Cerdeña (Gasull 1986: 199). Y en segundo lugar, que en ella se concentran las principales vetas de mineral ambicionadas en la Antigüedad (Ruiz-Gálvez 1991: fig. 5)

Si, por el contrario, nos dirigimos a la Península desde el Mediterráneo, de acuerdo con las corrientes, la ruta más lógica sería desde Sicilia y Cerdeña hacia la costa del Levante español y Gibraltar (Aubet 1987: 165 y ss. y fig. 28 y 29). De este modo (fig. 1), de NE a SE, de Cataluña al Estrecho, la costa alternativamente es baja, abierta y articulada o alta, escarpada y rectilínea. Así, la costa española se inicia con una zona abierta y

articulada, el Golfo de Rosas, donde se sitúan las antiguas colonias de *Emporion* y *Rodhe*, para volverse de inmediato alta y escarpada hasta el delta del Ebro. Por ello se la conoce con el nombre de «*Costa Brava*». Esto se debe a que las estribaciones de las Montañas Catalanas llegan al borde del mar. A partir de ahí y hasta la bahía de Almería, la costa, especialmente la levantina, es más baja, ancha y abierta, con abundantes albuferas y lagunas litorales. Esto, junto a la escasa precipitación y fuerte insolación, ha permitido la explotación de salinas desde la Antigüedad. Desde el cabo de Gata a Gibraltar, la costa se vuelve otra vez alta, de perfil rectilíneo y con escasos abrigos, La razón es, nuevamente, la prolongación hasta la costa de las estribaciones del Sistema Bético. Tal vez por ello, las más antiguas factorías fenicias desde Almería a Cádiz, se situaron en los deltas de los ríos (Cabo 1973; Vilá Valentí 1986; Aubet 1987: 256-7). Hay que tener en cuenta que, según prospecciones geológicas recientes en la costa de la Andalucía Oriental (Arteaga et al. 1985), la línea de costa ha variado a partir de época medieval, como consecuencia de la masiva deforestación. De tal manera que, en el momento del establecimiento de las colonias fenicias, ríos como el Guadiaro y el Guadarranque en Cádiz, el Vélez y el Algarrobo en Málaga, el Verde y el Seco en Granada o el Almanzora en Almería, en cuya desembocadura se emplazan enclaves fenicios o fenicio-púnicos (fig. 1), eran navegables. Otra cosa ya sería intentar el paso del Estrecho, Gasull (1986) señalaba que las factorías fenicias que conocemos hasta la fecha, están todas situadas al Este de Gibraltar y no al Oeste, donde se hallan los ricos recursos minerales tartésicos que supuestamente originan la colonización. La razón, argumenta esta autora, no sería otra que las dificultades del cruce del Estrecho, mucho mayores para quien viene del Este que para el que lo cruce por el Oeste (fig. 2).

## 2. EUROPA EN LA TRANSICION DEL BRONCE FINAL A LA EDAD DEL HIERRO: LA TERCERA REVOLUCION AGRARIA

El período Calcolítico/Campaniforme y el de Bronce Final y transición a la Edad del Hierro tienen algo en común. Representan sendas etapas de intensificación agraria y en ambos casos ello se plasma en la generalización en Europa de una serie de convenciones, reflejadas en similitudes en la orfebrería, en el equipo del guerrero y en la vajilla de comida y bebida comunitaria. Todas ellas señalan el establecimiento en uno y otro momento, de lazos sociales más amplios que hacen de Europa un Continente abierto e interconectado (Sherratt 1987; Ruiz-Gálvez en prensa).

En el Mediterráneo, Chipre parece ocupar, ya desde el s. XIII a. C. hasta los inicios del primer milenio a. C., es decir, hasta la llegada de los fenicios, (Ferrarese et al. 1987; Matthäus 1989), el vacío dejado por los micénicos en las rutas comerciales hacia el Mediterráneo Central (Sherratt y Sherratt 1991: 375). En ellas Cerdeña juega un lugar destacado. De acuerdo con los

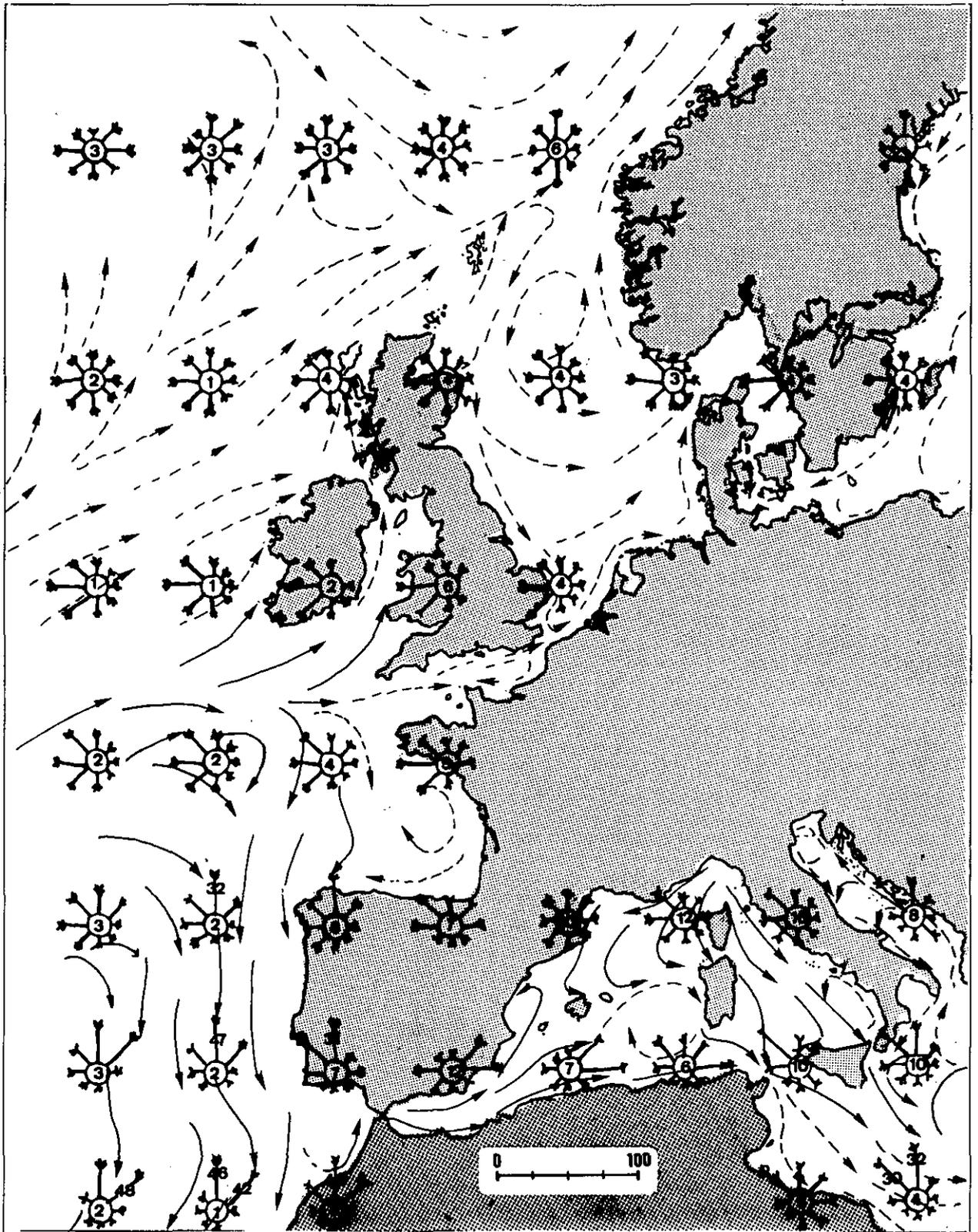


Fig. 2.—Vientos y corrientes en el Atlántico Norte y en el Mediterráneo Occidental durante el mes de agosto, según la USA Defense Mapping Agency, Hydrographic/Topographic Centre, Washington DC, 1989. Lectura de la rosa de los vientos: las flechas indican la dirección desde donde sopla el viento. La longitud de la flecha, medida desde el exterior del círculo, usando la escala adjunta en el mapa, da el porcentaje del número total de observaciones en que el viento ha soplado de esa dirección. Si la flecha es muy larga, se indica numéricamente el porcentaje en el astil. El número de plumas indica la fuerza media del viento en grados Beaufort (escala del 0 a 12). La cifra en el centro del círculo indica el porcentaje de días de calma.

Gale (1988; 382-3), ello se debería menos a la existencia de cobre en la isla, que a su privilegiada posición que le permite actuar como intermediaria en las rutas de navegación hacia el estaño de la Península Ibérica (ver también Penhallurick 1986; 80) dada la inexistencia de depósitos de estaño en el Egeo y la escasez de casiterita en el Mediterráneo Central, salvo en la Toscana. El hierro está también documentado desde el s. XIII a. C. en la isla, por lo que se ha apuntado la posibilidad de que fuera ésta junto con el estaño occidental, la mercancía buscada en Cerdeña por los chipriotas, quienes desarrollan una pujante metalurgia del hierro desde el s. XII a. C., no obstante carecer de mineralizaciones del mismo en la isla (Vagnetti 1986: 360; Vagnetti y Lo Schiavo 1989: 227 y 232; Muhly y Stech 1990: 210-11). A cambio de las materias primas obtenidas directamente o por la intermediación de los sardos, éstos habrían recibido nueva tecnología —el hierro y la técnica de la cera perdida—, instrumental para la extracción y elaboración del mineral, y objetos de lujo y de alto rango social (Lo Schiavo et al. 1985; Ferrarese et al. 1987).

Asimismo, en buena parte de Europa Central y Occidental se están produciendo cambios reflejados en mayores densidades de población, en una ocupación más permanente del suelo y en unos contactos a larga distancia más amplios. Wells (1983: 147 y ss.) señala cómo entre 1200-800 B. C. se conocen muchos más poblados y necrópolis en Centroeuropa que en todo el Bronce Antiguo y Medio y cómo estos asentamientos evidencian por vez primera, una prolongada ocupación, generación tras generación.

Eso mismo parece ocurrir en algunas zonas del Occidente Atlántico como el Sur de Inglaterra. Aquí, los cambios en las prácticas agrícolas, conducentes a la regeneración de los suelos y al asentamiento estable sobre las parcelas de cultivo, parecen iniciarse ya en lo que en cronología británica corresponde al Bronce Medio (Barrett et al. 1991: 222). Es el momento en el que en áreas de Wessex como Cranborne Chase, comienzan a aparecer los asentamientos cercados y los «field lynchets», que delimitan el área cultivada. Estos cambios tienen su reflejo también en el paisaje funerario, que pierde relevancia, Barrett (1989: 124), Barrett et al. (1991: 224) y Bradley (1981: 103) los asocian a la aparición de sistemas bilaterales propios de agricultura compleja de arado. Ello sería fruto de una «revolución agrícola», a la que no serían ajenas leguminosas como la Vicia faba L., presente ya en estas fechas en el Sur de Inglaterra (Comunicación personal de Richard Bradley, 23-XI-1989).

Todos estos cambios, indican no sólo poblaciones en crecimiento, sino también su posibilidad de mantenerse estables en el suelo. Eso refleja por ejemplo, la primera explotación masiva de la sal. Este hecho, con independencia de su aplicación al sector ganadero o a la metalurgia, hay que relacionarlo principalmente con la conservación y almacenamiento de alimentos para el invierno. Y si *pecunia* deriva de *pecus* —ganado en latín— como recordaba Sherratt (en prensa), salario —*salarium* en latín— deriva de *sal* y tampoco es casualidad. Es también el caso de la difusión hacia Eu-

ropa Central y Nórdica desde el Mediterráneo, de la Vicia faba L. importante sobre todo, por su alto valor alimenticio, superior al de otras leguminosas, a causa de su elevado contenido en proteínas e hidratos de carbono y porque se adapta mejor a los suelos ácidos que la mayoría de las leguminosas (Duke 1981: 275-7). Además, la mezcla de cereales y leguminosas posee alto valor nutritivo. Esta ha sido tradicionalmente la dieta de los pobres y aún en la actualidad se usa como sustitutivo de la carne en muchas áreas del mediterráneo (Rivera Núñez y Obón de Castro 1989: 249-253). Junto a ella, otra serie de plantas altamente nutritivas o resistentes a condiciones climáticas duras, como el mijo, el trigo espelta, el guisante, la lenteja o ciertas plantas oleaginosas, se generalizan o ganan importancia en gran parte de Europa (Zohary y Hopf 1973: 887; Idem. 1989: 83 y ss; Wells 1984: 47; Jäger y Lozeck 1982: 173; Hopf 1982: 15; Harding 1983: 22; Idem. 1984: 173; Idem. 1989: 174-6; Marival 1988: 55 y 129). Y es ahora también cuando se produce una renovación del utillaje agrario metálico (Harding 1976: 513 y ss.), y cuando en gran parte de Europa Septentrional y Noroccidental, se generalizan los sistemas de parcelación de la tierra, como los lynchets, field systems o celtic fields (Harding 1976; Idem 1989).

Además de los nuevos cultígenos, está llegando también nueva tecnología desde el Mediterráneo. Así, el trabajo de chapa metálica y el hierro. Y con ellos, nuevas formas de diferenciación social y pública exhibición de poder, mucho antes de las colonizaciones históricas de griegos y fenicios. Todo ello permitirá establecer redes de intercambio más extensas, en las que la circulación del metal jugará un papel básico no sólo en el establecimiento de pactos sociales (Rowlands 1980) y en la competición por el prestigio (Bradley 1990), sino también en la acumulación de riqueza almacenable y susceptible de ser reconvertida en las redes de intercambio (Halstead y O'Shea 1982; Sherratt y Sherratt 1991: 360). Es en estos momentos cuando, tras el paréntesis posterior al Calcolítico/Campaniforme, la Península vuelve a integrarse en los circuitos de intercambio oeste-europeos.

### 3. LA PENINSULA IBÉRICA A INICIOS DEL BRONCE FINAL

Los Gale (1988) señalaban, como ya se mencionó (*vide supra*), la demanda de estaño como una de las razones del comercio chipriota hacia Cerdeña y consideraban que el papel de esta isla habría sido el de intermediario en la ruta hacia la Península Ibérica. En cierto modo pues, habría funcionado como una «comunidad de paso» (Hirth 1978), en el sentido de que habría aprovechado su situación estratégica en el comercio a larga distancia, uniendo dos regiones, Chipre y el Mediterráneo oriental en general y la Península Ibérica, con distinta tecnología y organización social. Menos claro resulta en mi opinión, si el estaño de Occidente fue desde el principio el objetivo último de los intereses chipriotas en Cerdeña. Pues de otro lado, los datos analíticos de que disponemos, indican que, sal-

vo en el NO., de la Península donde la actividad metalúrgica es por otra parte escasamente relevante, los bronzes de estaño no son demasiado frecuentes antes del último tercio del Segundo Milenio a. C., y una actividad metalúrgica a escala relativamente importante no se produce hasta el Bronce Final. Es decir, que con anterioridad a esas fechas, el estaño de la Península no se está explotando sistemáticamente y por ello, difícilmente puede ser el objetivo último del comercio chipriota con Cerdeña (Ruiz-Gálvez, 1987; Montero Ruíz 1990).

Es también en el Bronce Final cuando la Península Ibérica va a sufrir transformaciones técnicas, sociales y hasta étnicas transcendentales. Es el momento de la infiltración a través de los Pirineos de gentes de C.U. hacia el NE.; de la reanudación de los intercambios atlánticos en el Oeste; y de las primeras navegaciones mediterráneas hacia la Península, que culminarán con la instalación fenicia en el Mediodía a partir del s. VIII a. C. La posición de partida, no es sin embargo la misma en las diferentes áreas de aquélla. Mientras en el SE. y Levante hay evidencias de hábitat permanente e indicios en los enterramientos de categorías sociales heredadas y de sistemas de filiación bilateral, similares a los que Barrett y Bradley señalaban en el Sur de Inglaterra, aunque aquí ya desde los inicios de la Edad del Bronce (Ruiz-Gálvez, en prensa), el resto de la Península refleja asentamientos más discontinuos o francamente itinerantes (Ruiz-Gálvez, 1991). La razón de estas diferencias radicaría en que el SE. y Levante poseen una tecnología agraria más eficiente que permite mantener poblaciones en crecimiento y conservar la fertilidad de los suelos. Entre ellas, el arado (Peters y von der Driech 1990: 75), las leguminosas, el abonado animal y posiblemente también el policultivo mediterráneo. En tal sentido, cabe señalar que se ha sugerido el SE. español como uno de los posibles focos de domesticación del haba (Rivera et al. 1988: 232). En el resto de la Península, las evidencias de ocupación estable y permanente de los hábitats y de aumento demográfico, no son anteriores al Bronce Final o incluso, la Edad del Hierro (Ruiz-Gálvez, 1991).

#### 4. CASOS ESTUDIADOS

##### 1. Villena

En tal marco se nos ofrecen los primeros indicios de contactos micénicos con la Península Ibérica, en la forma de dos fragmentos cerámicos del Heládico Reciente A/B, de los siglos XIV-XIII a.C. procedentes del yacimiento cordobés de Montoro, en el curso medio del Guadalquivir (Martín de la Cruz 1988 y 1992).

El hallazgo ha suscitado de nuevo el viejo tema de las relaciones mediterráneas de El Argar (Martín de la Cruz 1992), tan caro a los investigadores alemanes (Schubart 1976). Es sin embargo prematuro en mi opinión, volver a tales planteamientos, pues salvo los fragmentos cordobeses, los indicios aportados no dejan de ser vagos y problemáticos. Pero sobre todo, porque más que en paralelos y semejanzas, tal cuestión debe-

ría plantearse a partir del estudio de las posibilidades físicas —infraestructura, conocimientos, medios técnicos— y humanas —estímulos, redes sociales— que lo permitieran. Sobre todo habida cuenta que como se indicó, la explotación del estaño peninsular parece haber sido muy limitada antes del último tercio del Segundo Milenio a.C.

Quizá el ejemplo más claro de lo que digo, lo proporciona el descubrimiento de América, del que se acaba de cumplir el V Centenario. Aunque Colón busca una ruta más corta hacia Oriente y no el hallazgo de un Continente nuevo, el descubrimiento de América no fue en modo alguno fruto de la casualidad, sino de la confluencia de una serie de innovaciones técnicas y de circunstancias políticas, ideológicas y económicas. Entre las primeras: 1.º La transmisión de los conocimientos astronómicos y científicos greco-árabes a Europa, a través de las versiones al latín y romance, de la Escuela de Traductores de Toledo en el siglo XIII y de la Escuela de cartografía mallorquina del siglo XIV, que mejoraron los conocimientos de astronomía, el uso de astrolabios y esferas armilares y la confección de mapas de navegación, 2.º La experiencia de los marinos portugueses sobre vientos y corrientes oceánicas, a raíz del comercio con África y de la conquista de las islas Azores a comienzos del siglo XV. 3.º El perfeccionamiento por los navegantes portugueses, de un barco de cabotaje originario del Norte de África, la carabela. Esta pequeña embarcación, ligera, marinera y maniobrable, junto a la pericia de sus pilotos, permitió el cruce del cabo de Buena Esperanza por el portugués Bartolomé Díaz en 1486; el descubrimiento de América en 1492; la llegada de los portugueses a Malaca en 1498 y la primera vuelta al mundo por el español Juan Sebastián Elcano en 1520. Entre las segundas: 1.º La unificación de España, tras la boda de la reina de Castilla y el rey de Aragón y la capitulación el 2 de enero de 1492 del reino de Granada, último bastión del Islam en la Península. 2.º La culminación de la Reconquista cristiana de la Península tras siete siglos de lucha y la unión religiosa e ideológica a la que responde el edicto de expulsión de los judíos el 31 de Marzo de 1492. Este espíritu de cruzada impregna aún la mentalidad de la primera generación de conquistadores de América del siglo XVI. 3.º El interés de Castilla, tradicionalmente abierta al comercio atlántico, por hacerse con el control de una ruta hacia el mercado del oro africano, monopolizado por los portugueses. A tal interés responde también la asunción de la soberanía de las islas Canarias por los Reyes Católicos en 1477 (Chandeigne 1992; Chaunu 1972: 50 y ss; Domínguez Ortiz 1973: 54-59; Vernet 1978). Es bastante probable que otros navegantes precedieran a Colón (Linderoth Wallace 1991). Pero el auténtico descubrimiento de América sólo se produjo, cuando fue material y humanamente factible. No antes.

De la misma manera, la navegación regular entre ambos extremos del Mediterráneo se produjo cuando existieron los medios materiales y los estímulos sociales y económicos para ello y no antes. Es pues posible, que estos fragmentos de cerámica micénica reflejen, más que navegaciones comerciales regulares, viajes ex-

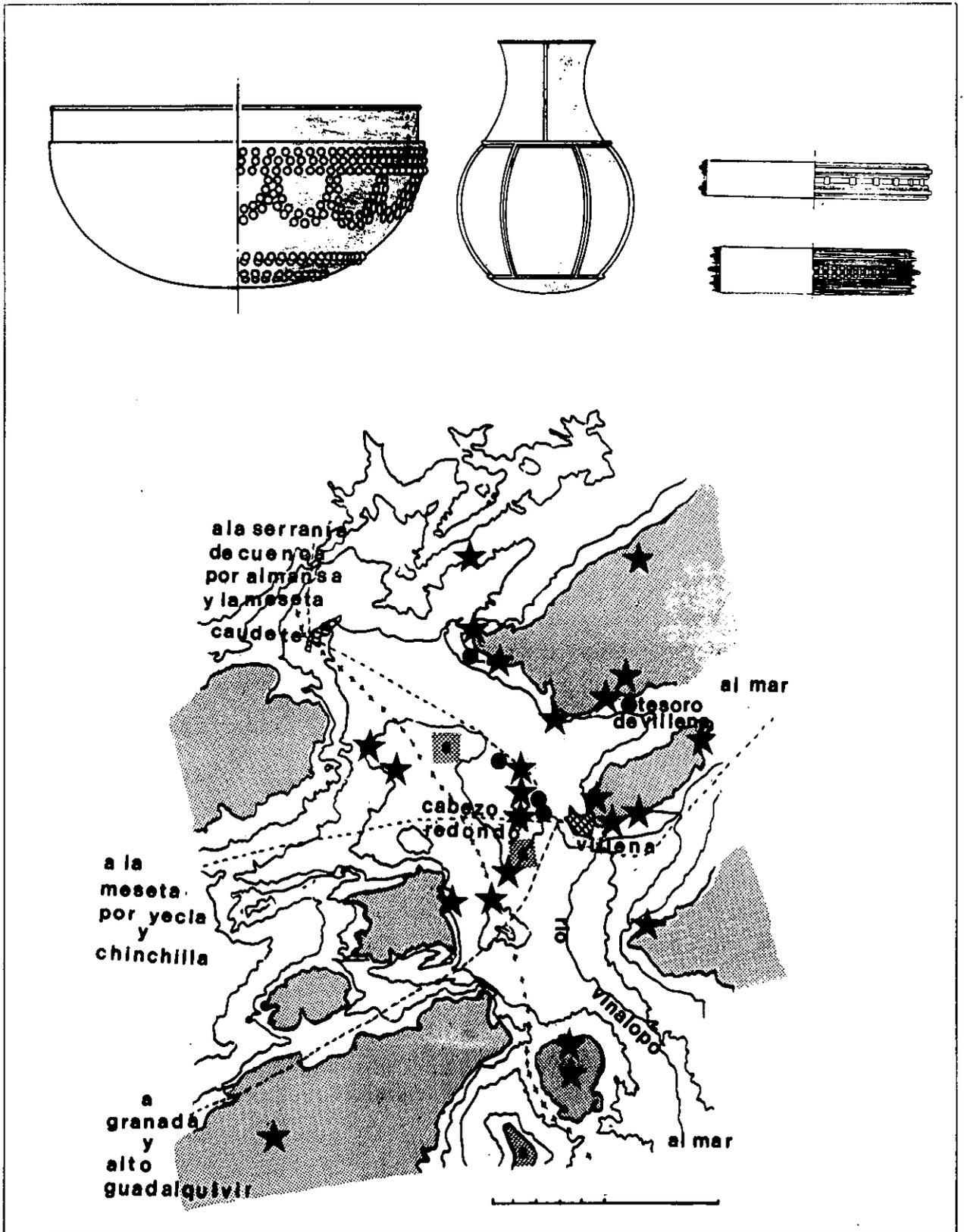


Fig. 3.—El tesoro de Villena en relación con su ámbito geográfico:

- ★ Yacimientos de la edad del Bronce.
- ★ Localización de Cabezo Redondo.
- Caminos naturales.
- Hallazgos de oro.
- Salinas.
- +++ Vías de trashumancia.

Según Soler 1987 con adiciones de la autora. Tesoro sin escala.

ploratorios a la búsqueda de nuevos recursos y nuevos mercados, o incluso, un viaje sin retorno. El asentamiento tan preciso y sistemático de las factorías fenicias en el Sur de España a partir del s VIII a.C., invita a pensar que esas exploraciones precoloniales tuvieron que existir y que facilitaron información suficiente a los navegantes del Mediterráneo Oriental sobre itinerarios, recursos y emplazamientos, mucho antes de que los fenicios consideraran la «aventura» de Occidente (Véase al respecto Aubet 1987: 52 y ss.). Información tanto histórica como etnográfica (Kirch 1989: 82; Helms 1988: 66 y ss.), coincide en señalar que la finalidad de muchos viajes a larga distancia es adquirir conocimiento y recoger información y no sólo o principalmente comerciar. El propio geógrafo Al-Idrisi, con cuyo relato se inicia este artículo era un «especialista en conocimiento», al servicio de los reyes de Sicilia, quienes le animan a viajar, a fin de obtener por su medio información y conocimientos. Luzón (1986: 74), argumenta que no fue sino a inicios del Primer Milenio a. C., cuando se produjo una innovación de trascendentales consecuencias para la navegación de altura en el Mediterráneo: la navegación astronómica y la orientación nocturna del piloto, a partir de las estrellas. Y ello fue especialmente importante, porque permitió a partir de entonces viajes de ida y vuelta y con ello, recorridos regulares a largas distancias y el establecimiento de rutas comerciales. Esto, de acuerdo con Luzón, es lo que habría permitido la llegada y establecimiento de los comerciantes fenicios y griegos, en las costas del Mediterráneo Occidental. Las navegaciones anteriores y en ellas incluye los hallazgos de cerámica micénica en Italia, los lingotes «piel de buey» de Cerdeña o los hallazgos preferenciales de la Península Ibérica, habrían constituido en su opinión (*Ibidem*: 74 y 77), «viajes sin retorno», en los que no hubo intención de crear rutas comerciales. Este viejo argumento, se basa en la tradición de los historiadores clásicos (Plinio *Hist. Nat.* VII, 57 o Estrabón *Geog.* I), que atribuyen a los fenicios la aplicación de la astronomía a la navegación. Pero nada prueba que tales conocimientos no pudieran haberse adquirido ya antes del Primer Milenio a.C. Schüle (1968 (70)) y Aubet (1987: 148-150) argumentan por su parte, que la navegación de altura por el Mediterráneo sería posible orientándose por puntos fijos, referencias en tierra firme visibles desde la costa, tal como aún hoy lo hacen los pescadores, aunque según Luzón (1986: 77), esa visión perfecta de los montes más lejanos, se da muy pocos días por la fuerte evaporación superficial que forma neblinas y brumas.

Pero, si tales limitaciones para la navegación existieron hasta los inicios del Primer Milenio a.C., también es cierto que los hallazgos del Segundo Milenio a.C., cada vez más abundantes en Italia e islas del Mediterráneo Central (Sherratt y Sherratt 1991), parecen *desmentir* ese carácter de navegación «de fortuna» y abogar por el contrario, por algo mucho más sistemático y organizado de lo que cree Luzón. Por ello, no me parece descabellado atribuir los hallazgos preferenciales, crecientemente frecuentes en el Bronce Tardío y Final de la Península Ibérica, a viajes exploratorios a la bús-

queda de nuevas rutas hacia Occidente. Ello hubiera requerido el establecimiento de una infraestructura de apoyo, como lo sería por ejemplo, la creación de una red de puntos de recalada, en tierra de nadie o en tierra amiga, situados a distancia de un día de navegación unos de otros que permitieran fondear al anochecer<sup>1</sup>, efectuar reparaciones si ello fuera necesario y aprovisionarse.

Tal vez una función de este tipo fuera la que cumplía Villena (Alicante), en la costa levantina española (fig. 1), y tal vez ello sea lo que explique el hallazgo en esa localidad, de un espectacular tesoro de cerca de 10 kg, formado por una vajilla de once cuencos en oro de distintos tamaños y decoraciones; dos botellas de oro y tres de plata; 28 brazaletes cilíndricos y diversos fragmentos o piezas de revestimiento en oro, ámbar o hierro. El tesoro se encontró en el lugar conocido como Rambla del Panadero, un antiguo cauce seco utilizado actualmente como gravera, distante unos 6 km en dirección N./NE., de la ciudad de Villena. En la prospección realizada con posterioridad a su hallazgo y excavación, no se localizaron estructuras de habitación en el entorno con los que éste pudiera ponerse en relación (Soler 1965; *Idem* 1969; Almagro Gorbea 1974; Schüle 1976) (fig.3).

Es cierto que el conjunto parece más bien un depósito de fundidor (Perea 1991: 342 y ss.), por la variada índole y estado de conservación de sus piezas; algunas a medio hacer, otras acabadas y en buen uso y finalmente otras, rotas y en estado de desecho. Pero también lo es que la semejanza entre sí de cuencos y botellas, invitan a considerarlos como partes de una única vajilla y seguramente también, como propiedad personal (Gaimster 1991: 114), de un único individuo de sexo masculino. Formas comunitarias de comida y bebida sobre vajillas y recipientes de muy diferentes morfologías, son propias del varón en toda la Europa del Bronce Final y posiblemente vienen asociadas a cambios en los sistemas agrarios y a la aparición de sociedades patriarcales (Ruiz-Gálvez en prensa).

He discutido en un trabajo reciente (Ruiz-Gálvez, en prensa), el significado del tesoro de Villena en su marco social e histórico, por lo que no me extenderé en su análisis. Sólo quiero llamar brevemente la atención sobre tres puntos, porque permiten detectar bien la presencia directa de navegantes chipriotas en el Mediterráneo español o bien, la intermediación sarda.

1.º Villena refleja contactos de comerciantes mediterráneos con élites indígenas y la aparición en ellas de fenómenos de emulación. En su magnífico estudio, Schüle (1976) señalaba acertadamente, a mi juicio, la factura local de brazaletes y vajilla. Los primeros poseen efectivamente tradición y precedentes cronológicos en la región (Ruiz-Gálvez en prensa). En cuanto a la vajilla, aunque estoy de acuerdo con Schüle en que traduce formas cerámicas locales —las de la cultura Cogotas I que representa el Bronce Tardío o postar-

<sup>1</sup> Tal vez la razón fuera no tanto el desconocimiento de la navegación astronómica, como la imposibilidad de navegar por las noches hasta que se desarrolló un sistema de iluminación nocturna, a comienzos del Primer Milenio a. C. (Gasull 1986).

gárico en la región—, se basa en una tradición, la de la vajilla áurea, que es foránea y oriental (Sherratt y Sherratt 1991: 360; Ruiz-Gálvez en prensa). Otros elementos del tesoro como el ámbar y el hierro, tampoco parecen ser locales. En cuanto al ámbar que significativamente aparece embutido en una lámina de oro, no ha sido analizado por lo que desconocemos su procedencia. Sin embargo el punto geográfico más cercano a Villena donde el ámbar está documentado es Cerdeña, donde también es importado, probablemente de Sicilia o del mar Tirreno y de tipo Protovilanoviano (Lo Schiavo y Ridgway 1986: 396-7). Respecto al hierro, tampoco creo que sea local, porque en un caso al menos, aparece como el ámbar, embutido en una lámina de oro. Es decir, que es apreciado por su rareza y no por su valor práctico (Renfrew 1986). Por ello, debe ser anterior a la primera explotación del hierro en la Península, documentada a partir de la primera mitad del siglo VIII a.C. en las factorías fenicias de Toscanos y Trayamar (Schubart 1985; Niemeyer 1985). Nuevamente, es Cerdeña el punto geográfico más cercano a Villena en el que el hierro está documentado. Y lo está a partir del siglo XIII a.C. en contextos de importación chipriota (Vagnetti 1986: 360; Vagnetti y Lo Schiavo 1989: 227 y 232; Muhly y Stech 1990: 210-211). Por último, el sistema de aplique a base de clavos para servir de remate a otras piezas metálicas que aparece en varias de las del tesoro (Perea 1991), carece de precedentes técnicos en la Península, pero sí se conoce en Chipre desde al menos fines del siglo XIII a.C. (Catling 1964: 138).

2.º El tesoro carece de contexto arqueológico que facilite su datación. Por ello se ha propuesto habitualmente situarlo en el siglo VIII a.C., asociado al establecimiento fenicio en el Sur de España y a la introducción del hierro. Schüle (1976) por el contrario, descartaba cualquier relación de Villena con los colonos fenicios y proponía una fecha aproximada del siglo X a.C. Pero aún sin contexto arqueológico, contamos en la actualidad con información suficiente para al menos tratar de situar Villena entre un margen *post quem* y otro *ante quem*. De acuerdo con Martín de la Cruz (1988: 89), las cerámicas micénicas de Montoro proporcionan una fecha *post quem* de 1300 a.C. para el Bronce Tardío del Alto Guadalquivir. Esta fase está presente en el yacimiento de Cabezo Redondo de Villena, el más importante y el único extensivamente excavado de la zona (Soler 1987). Ello nos daría una fecha *post quem* para el tesoro, cuya vajilla traduce formas cerámicas del Bronce Tardío. Su fecha *ante quem* la proporcionarían yacimientos de la zona como Peña Negra, cuyos niveles más antiguos son del Bronce Final, por tanto sin cerámicas Cogotas I, y con importaciones mediterráneas desde los momentos iniciales de su ocupación —siglos X/IX a.C.—. Por tanto, el tesoro de Villena debería situarse entre los siglos XIII a.C. y X a.C. En cualquier caso, en ámbito precolonial antiguo.

3.º Una vajilla como ésta, sólo es explicable en una comarca que como la de Villena, reúne unas condiciones muy especiales (fig.3). En primer lugar, está situada a 60 km de la costa actual, lo que supone apenas dos días de viaje a lomos de caballería y unas horas de via-

je si fuera posible remontar el río Vinalopó, en cuyo curso alto se encuentra Villena. Hay que tener en cuenta además que la desembocadura del río ha ido cambiando. En la actualidad no llega al mar sino que desaparece en la albufera de Elche, una marisma pantanosa, en parte hoy desecada, formada como consecuencia de la colmatación de un golfo marino. Sin embargo, entre el 4000/3500 B.P. (Cuenca y Walker 1975), el Vinalopó todavía desembocaba en el mar en lo que los escritores antiguos llamaban el *Sinus Illicitanus*. Es pues posible que la distancia a la costa fuera entonces menor (fig. 1). Pero Villena es además el centro de un cruce de caminos (fig. 3), que articulan la comunicación desde la costa primero, con el Alto Guadalquivir; segundo, con la zona de pastos de la Meseta Sur; y tercero, con la zona ganadera de la serranía de Cuenca, donde se registran hallazgos de brazaletes similares a los del tesoro de Villena. De hecho aún hoy, el valle del Vinalopó es zona de trashumancia de los ganados que bajan a invernar desde las montañas de Cuenca a la costa. Pero además, posee abundantes recursos acuíferos y controla varias salinas en su entorno, cuya importancia para la ganadería no es preciso explicar. Estas fueron explotadas desde la Antigüedad y en la Edad Media eran monopolio real (fig. 2).

Todo ello, junto con la densa y continuada ocupación desde el Bronce Antiguo, el frecuente hallazgo de tesorillos en oro y plata en una región que carece de recursos minerales y la documentación en el registro funerario de posiciones sociales heredadas y no adquiridas, justifican el valor estratégico de Villena y la base del poder de sus élites locales. Este podría haberse visto incrementado al iniciarse las navegaciones precoloniales a partir del Bronce Tardío, al aumentar la demanda de carne y sus conservantes, pieles, productos lácteos, tal vez también minerales del Alto Guadalquivir y sobre todo, un punto de atraque donde fondear al anochecer (Ruiz-Gálvez 1989: 55; Idem en prensa).

## 2. Baiões

Esos «viajes exploratorios» parecen haberse continuado de forma más o menos regular en los siglos subsiguientes. Así lo parecen indicar la presencia esporádica de fíbulas sicilianas de tipo «*ad ochio*» y chipriotas «*de arco serpegante*» y fechas centrales del siglo XI/X a.C., en yacimientos tanto de la costa levantina (Gil Mascarell y Peña 1989), como de la costa y del interior del área atlántica de la Península (Blasco 1987; da Ponte 1989). Estos últimos hallazgos son especialmente interesantes, pues su dispersión parece indicar su llegada por vía costera y por tanto, bien que las poblaciones atlánticas están respondiendo al estímulo de los «exploradores» mediterráneos, o bien que los navegantes mediterráneos son ya capaces de encarar con éxito los problemas del cruce del Estrecho (Aubert 1987; Gassull 1986) y de afrontar el océano abierto. Y yo creo que hay argumentos para defender ambas cosas.

De la «frecuentación» más o menos asistemática de la costa portuguesa, es prueba el enterramiento de Roça de Casal do Meio (Spindler y Veiga Ferreira

1973). De la respuesta de las poblaciones indígenas atlánticas hay varias pruebas: depósitos como el de Baiões o yacimientos como el de Peña Negra (fig. 1). Pero, vayamos por partes.

Roça do Casal do Meio es un enterramiento singular por varias razones. Primero porque como ya se ha señalado (Belén et al. 1991; Ruiz-Gálvez y Galán 1991), es el único enterramiento conocido en todo el Bronce Final del Centro de Portugal, en un momento en el que lo común a la zona atlántica es la escasez o incluso, total ausencia de tumbas arqueológicamente reconocibles. Segundo, porque la forma de la sepultura, una construcción en falsa cúpula, es diferente como ya señalaron en su día sus excavadores (Spindler y Veiga Ferreira 1973), de las del Neolítico y Edad del Cobre portuguesas y recuerda más las del Egeo y el Mediterráneo Central en el Bronce Final. Tercero, porque los ajuares que acompañaban a las dos inhumaciones en su interior, un broche de cinturón, pinzas de depilar, un peine de marfil y una fíbula «*ad occhio*», son claramente mediterráneos.

Aún admitiendo las fechas altas de la fíbula sícula, Spindler y Veiga (1973) proponían datar la tumba en los s. IX-VIII a. C., porque casaba mejor con el ambiente colonial fenicio con la que la creían relacionada. Por idénticos motivos, más recientemente (Belén y Escacena 1991), aunque interpretándola como enterramiento de comerciantes mediterráneos, aceptan estas últimas fechas. Nada se opone sin embargo, a una datación más alta, —s. XI-X a. C.— que no desentonaría con el ambiente de los castros portugueses en los que estas fíbulas aparecen (Ver da Ponte 1989: fig. 1). Resulta interesante señalar cómo en varios casos, están documentadas en castros del interior cercanos a vetas de estaño, como ocurre en los de Santa Luzia, Mondim da Beira y Baiões, todos en el distrito de Viseu (fig. 1). Precisamente del interior de este último castro procede un singular depósito de fundidor que representa como trataré de demostrar, una de las pruebas de la relación de las poblaciones indígenas al estímulo mediterráneo (fig. 4) (Silva 1986; Silva et al. 1986).

El depósito está compuesto por una serie de objetos de origen y estado de conservación heterogéneos. De entre ellos, destacan muy especialmente los fragmentos correspondientes a uno o más recipientes con ruedas, varias anillas pertenecientes posiblemente a pasariendas y un cincel compuesto por dos piezas, una hoja de hierro y un empuñador de bronce, porque son mediterráneos (fig. 4, 1-15). Es interesante señalar el hecho de que aquí el objeto de hierro (fig. 4, n.º 15), recibe un tratamiento singularmente distinto que en el tesoro de Villena, pues implica una significación seguramente también diferente. En este caso, la pieza de hierro parece haber sido apreciada por su valor práctico —como útil— aunque acoplada a otra, un cincel tubular en bronce, lo que denota conocimiento de su funcionalidad pero a la vez, que la familiarización con el nuevo metal es aún precaria. Ello deja pensar en su llegada por importación y la imitación de su uso en otros ámbitos, ensartada en una pieza para la que aunque no hay exactos paralelos en la Península, corresponde a una morfología general atlán-

tica. Y permitiría en principio situar el depósito con posterioridad a Villena pero antes de la explotación del hierro en la Península Ibérica, esto es, nuevamente en ambiente precolonial.

Otra pieza de singular importancia en el conjunto, es el recipiente con ruedas (fig. 4 n.º 1-10), pues es de inspiración chipriota ya que tanto su morfología como su decoración, tienen buenos paralelos en carros y trípodes de tal procedencia, aunque no existen paralelos exactos para el ejemplar portugués (Catling 1964: 210-11 y Pl 36A y N; Matthäus 1985: Tafn. 90, 91, 100, 105, 133 n.º 2). Por ello, me inclino a pensar que se trate más bien de una imitación. Los recipientes chipriotas con ruedas se fechan entre mediados del s. XIII y mediados del s. X a. C. y los trípodes hasta fechas más recientes (Matthäus 1985: Taf 133 n.º 2). Aunque los carros votivos sardos no son aparentemente anteriores al Primer Milenio a. C. (Tanda 1986), trípodes chipriotas se conocen en Cerdeña desde fines del Segundo Milenio a. C., fabricándose localmente en torno a los s. XI-X a. C. (Lo Sciavo et al. 1985: 48-51).

También en Chipre se encuentran paralelos para algunas de las anillas/pasariendas de Baiões (fig. 4 n.º 11-14. Comparar con Catling 1964: 262, fig. 23 n.º 5 y 6 y Pl. 48 G-I; también Matthäus 1985 Taf. 127 B). Sin embargo, su morfología relativamente sencilla impide excluir totalmente su fabricación local. De hecho da Silva señala (Silva et al. 1986: 75) que hachas, hoces, cuencos, brazaletes y anillas a diferencia de las restantes piezas, conservan rebabas vivas y podrían haber sido fundidas *in situ*. Por idénticas razones, habría que considerar locales los cuencos metálicos de Baiões. Sin embargo, su estado de conservación es fragmentario e incluso alguno (fig. 4 n.º 18), muestra evidencias de haber sido reparado. En cualquier caso, lo que sí está claro es que la técnica de fabricación sobre chapa metálica, no tiene precedentes en la región y sí en el Mediterráneo.

Los restantes elementos del depósito aunque, por oposición a los anteriores deben ser etiquetados bajo la sigla «atlánticos», son asimismo matizables. Por ejemplo, hachas y hoces son locales (fig. 4 n.º 27-38 y 42-50), no sólo por la presencia aún en unas y otras de rebabas vivas, (da Silva et al. 1986: 79) sino porque los dos tipos de hachas son corrientes en el Centro-Norte de Portugal (Ruiz-Gálvez 1991 fig. 6). Las hoces tampoco son extrañas en la región y están documentadas al menos en otro castro del Bronce Final del Norte de Portugal, el de Santa Luzia (da Silva 1986: Est. LXXXVI n.º 12) (fig. 1). Por cierto que uno de los dos tipos de hachas presentes en el depósito, las monofaces, de las que se conserva además el molde, sólo se conoce fuera de Portugal en el depósito sardo de Monte Sa Id-da (Ruiz-Gálvez 1986; mapa 2). Los brazaletes (fig. 4 n.º 20-26), conservan, en un caso al menos (da Silva 1986: Est. XCIX n.º 5 A), las rebabas de fundición y corresponden a tipos bien documentados en el Occidente Peninsular (Almagro Gorbea 1977: figs. 4-6) y en oro, (da Silva 1986: Est. CVIII n.º 1-2) en el propio castro de Baiões. Pero también se han fabricado localmente las lanzas (fig. 4 n.º 51), porque aunque no en el depósito, en el propio castro de Baiões se con-

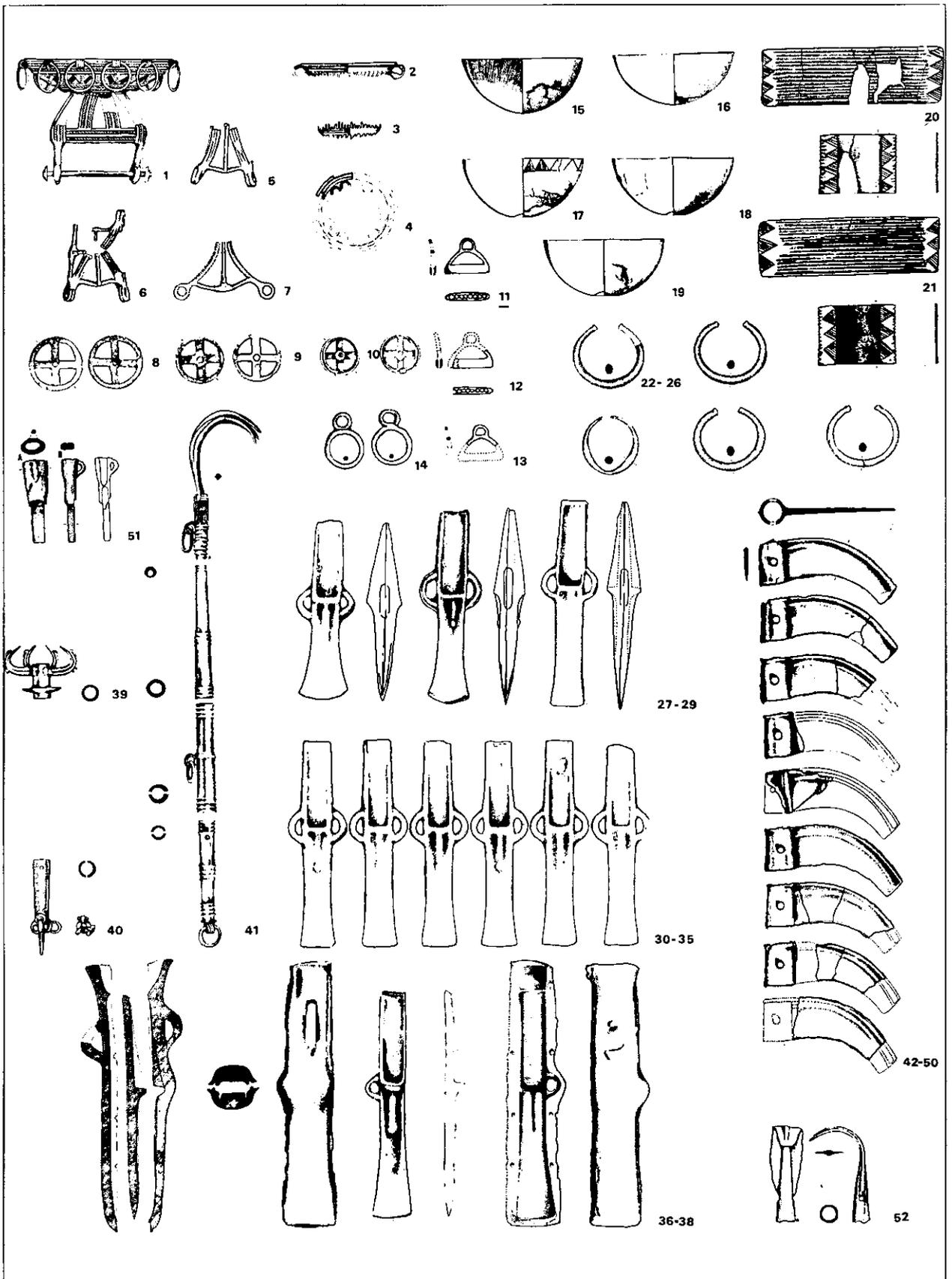


Fig. 4.—Depósito de Baiões, según da Silva, 1986. Sin escala real.

servan fragmentos de moldes de arcilla para la fundición de este tipo de armas (da Silva 1986: Est. LXX-XIII n.º 10).

El gancho para la carne (fig. 4 n.º 39-41) ha podido fundirse localmente, pero también ha podido venir del exterior con las redes de intercambio atlánticas. No hay pruebas a favor de una u otra posibilidad. En cualquier caso, no es desconocido en contextos de Bronce Final del Occidente Peninsular (Ruíz-Gálvez 1979). Aunque mediterráneo en origen<sup>2</sup>, el gancho para la carne no es desconocido en Europa Central (Hundt 1953) y Occidental (Jockenhövel 1974; Gómez y Pautreau 1988), en contextos de Bronce Final. Me permito señalar el hecho de que del mismo castro procede un asador articulado, objetos ambos asociados al consumo ritual y comunitario de carne, seguramente entre hombres aunque no necesariamente con los mismos significados que en el Mediterráneo (Sherratt en prensa).

Desgraciadamente, el depósito es fruto de un hallazgo casual y aunque se procedió tras éste, a la realización de una excavación en el lugar en que se produjo, apenas si deparó la recuperación de algunos fragmentos correspondientes a piezas del propio depósito, pero poco o nada sobre su contexto de deposición. Tampoco las diversas campañas de excavación en el castro (da Silva 1980; Kalb 1978), han permitido obtener una secuencia estratigráfica en el mismo. Finalmente, la única datación absoluta procedente de Baiões, 2650±130 B.P., a partir de una muestra de madera del astil de una de las lanzas del yacimiento (Kalb 1974/77), es rechazable por su alta desviación estándar, por lo que calibrada se situaría en un margen cronológico tan amplio como 1100-410 a. C.<sup>3</sup>

El que el carro, el único objeto del depósito que por su origen, significado social y ámbito cultural es indudablemente foráneo, apareciera deteriorado y fragmentado, parece indicar su presencia en Baiões como chatarra y no su apreciación como objeto de valor social o ritual. Y cabría recordar aquí argumentos como los de Bradley (1985), sobre «intercambio y distancia social». Ello unido a la ausencia de exactos paralelos chipriotas, me hace descartar la hipótesis de que se trate de un comercio de ese signo. No queda entonces otra posibilidad que considerar bien la intermediación sarda o bien, la presencia de navegantes de la zona atlántica de la Península en el Mediterráneo Centro-Occidental.

Ambas soluciones son factibles, aunque tenemos actualmente más pruebas de la segunda que de la primera. Estas proceden no tanto del hallazgo de elementos de metalurgia peninsular en Cerdeña, que los hay (Ruiz-Gálvez 1986), como de la existencia de un fundidor que está produciendo metalurgia atlántica en el asentamiento de Peña Negra (Alicante), a medio camino entre la costa atlántica portuguesa y Cerdeña (fig. 1).

<sup>2</sup> En la exposición «El Mundo Micénico», celebrada en Madrid en febrero de 1992, se exhibió un gancho para la carne procedente de un enterramiento en tholos de Myrsinocori, Mesenia del H.R. II A. El tipo, es muy similar al de los más antiguos ganchos del Bronce Final de Centroeuropa (Hundt 1953).

<sup>3</sup> Agradezco a Ramón Fábregas, de la Universidad de Santiago, la amabilidad de proporcionarme la fecha calibrada y su comentario.

### 3. Peña Negra

Tal vez Peña Negra pueda ayudarnos además a comprender el final de otro importante asentamiento allicantino, el de Villena, pues Peña Negra se asienta cerca del mismo río que aquel, el Vinalopó, pero en su curso bajo, a una veintena de kms de la línea de costa actual, pero posiblemente mucho más cerca del mar en el Bronce Final. La Sierra de Crevillente en la que se alza el yacimiento, domina hoy una amplia marisma (González Prats 1983: Lám. 1), que debió ser en la Antigüedad parte del *Sinus Illicitanus*. Está pues en una posición mucho más ventajosa que Villena para la intermediación comercial y su ocupación se inicia probablemente no mucho después del final de Cabezo Redondo de Villena. Prospecciones recientes (Navarro Mederos 1982: láms. 1 y 2), parecen indicar el desplazamiento de población hacia el curso medio y bajo del Vinalopó, en momentos coetáneos e inmediatamente posteriores a Cabezo Redondo de Villena. Es pues quizá la incapacidad de conservar el control y el monopolio de esta importante arteria comercial, lo que pueda explicar el ocaso de Villena, la ocultación del tesoro y la pérdida de poder de su dueño (Ruíz-Gálvez 1989: 56).

Peña Negra se inicia, como asentamiento de nueva planta, en el Bronce Final, pues no hay ni siquiera en sus fases más antiguas, auténticas cerámicas tipo Cogotas I del Bronce Tardío, aunque de acuerdo con su excavador (González Prats 1983), algunas formas y decoraciones serían herencia y continuación de esa fase anterior. Los ocupantes del asentamiento dependen básicamente de una economía ganadera, en la que los bóvidos ocupan un papel fundamental y desde los niveles de base está documentada la presencia de un comercio mediterráneo (González Prats 1990). Esta fase es denominada por su excavador (González Prats 1983), Peña Negra I. La segunda fase o Peña Negra II que se produciría sin solución de continuidad con la anterior, vendría representada por la adopción del hierro y del torno del alfarero, en un ambiente *orientalizante*, esto es, bajo influencia colonial fenicia. El asentamiento aumenta de tamaño llegando a abarcar en torno a las 30 Has., con amplios complejos urbanísticos. Sus dimensiones y carácter urbano así como la sospechada instalación en ella de orfebres y alfareros orientales, inclinan a su excavador a identificarla con la ciudad de Herna, descrita en la *Ora Marítima* de Ruffo Festo Avieno (González Prats 1983: 273, 277; Idem. 1990: 104). De acuerdo con los materiales importados o imitados, similares a los de los asentamientos coloniales fenicios de Andalucía, propone una cronología para Peña Negra II, a partir de fines del s. VIII/inicios del VII hasta mediados del s. VI a. C. en que la ciudad es víctima de saqueos y destrucciones, de las que ya no se recuperará (González Prats 1983: 180 y 277).

Es precisamente la ocupación previa, del Bronce Final, la que nos interesa por varias razones. En primer lugar porque en sus niveles más recientes está documentado un edificio (fig. 5 n.º 1), cuyas actividades excluyen su funcionalidad como vivienda, indicando por el contrario su dedicación a actividades artesanales especializadas, como la función y la fabricación de telas

(González Prats 1990: Ruiz-Gálvez 1990: 337). En segundo lugar, porque en recientes campañas de excavación (1987), se ha constatado la realización de tales actividades, al menos la fundición, desde los niveles de base y por tanto, desde los inicios de la ocupación del yacimiento (González Prats 1990: 106).

El taller de fundición corresponde estratigráficamente al nivel más reciente de la Edad del Bronce, lo que González Prats (1990) denomina Peña Negra Ic. Se trata de un edificio de planta ovalada y zócalo de piedra, con un espacio interior útil de aproximadamente 16 metros cuadrados. Bajo el pavimento, se produjo el enterramiento de un bebé en el ángulo meridional y de un ovicáprido sin cabeza, en el septentrional. ¿Simple enterramiento infantil o se trata más bien de una ofrenda fundacional...? En su interior se localizó un pequeño horno de fundición, de forma circular, formado por un anillo de arcilla de 60 cm y un hueco interior de 20 cm. Las evidencias de actividades metalúrgicas dentro del recinto, estarían apenas señaladas por pruebas de alteración térmica del pavimento. La colada se realizaba al parecer, en el exterior de la edificación, pues es allí donde se amontonan los restos de escoria, de machacadores y de fragmentos de tierra. Ello haría a juicio de González Prats (1990: 93-94 y 106), compatible la segunda actividad especializada realizada en el recinto. Esta fue identificada en la campaña de 1987, al limpiar una plataforma de arcilla en el ángulo Oeste del mismo, hallándose varias fusaiolas de hueso y pesas de telar. Los objetos fundidos en los moldes de arcilla y los restos de fundición fueron analizados e identificados (Ruiz-Gálvez 1990), como correspondientes a espadas, hachas, agujas y lanzas (fig. 5 n.º 2-36). Estas dos últimas al menos, claramente pertenecientes a metalurgia atlántica, del tipo que los arqueólogos franceses denominan Vénat (Coffyn et al. 1981) por el depósito epónimo, y que está bien documentada desde las Islas Británicas a Cerdeña aunque hasta la fecha sólo en la Península Ibérica hay evidencias de su fabricación. A ella corresponden también las lanzas y molde del castro de Baiões y los moldes del castro portugués de Coto Pena (da Silva 1986: LXXXIII n.º 9-10; LXXXIX n.º 9 y 14 y pág. 29 nota 128) a los que me referiré más adelante (fig. 1). Las hachas (fig. 5 n.º 35-36), fundidas en moldes de arenisca, correspondían al tipo *de apéndices laterales* ya anteriormente identificada en los niveles de la Edad del Hierro (P. N. II), del yacimiento (González Prats 1985). En cuanto a la espada (fig. 4 n.º 2-4), más dudosamente, podría corresponder al tipo Vénat (Ruiz-Gálvez 1990).

Los análisis tanto de los restos de los moldes de arcilla, como de las adherencias metálicas en las paredes de aquéllos y de las escorias y restos de fundición recogidos durante la excavación, permitieron reconstruir no sólo la técnica de fabricación de los moldes y del colado de piezas tales como lanzas y agujas, sino asimismo, temperaturas de colado y tipos de aleación de acuerdo con la naturaleza y función de las piezas fundidas. Por ejemplo, las espadas se fabricaron en una aleación binaria al 10 por 100 de Sn. Las agujas por el

contrario, se fundieron usando aleaciones ternarias, en las que el Pb, está sustituyendo parcialmente al Sn y al Cu, probablemente porque por su funcionalidad están sometidas a poco desgaste y pueden soportar aleaciones más blandas (Ruiz-Gálvez 1990). Pero la conclusión más interesante de los análisis, es la evidencia de refundición de chatarra. Así, el material de refundición resultó enormemente heterogéneo, con restos de fundición procedentes de aleaciones ternarias, de bronce binarios, ricos en plomo o en estaño, resultado de la recuperación de chatarra y restos de fundición, a los que pudo añadirse mineral de cobre machacado. Aunque se ha especulado con la posibilidad de que el cobre empleado para la fundición y refinado de la chatarra pudiera venir de la propia sierra de Crevillente en la que Peña Negra se asienta (González Prats 1992), no hay evidencias de ello y desde luego, tampoco hay estaño o plomo en la zona que en general, no destaca por sus recursos minerales. La única explicación para la presencia de un taller de fundidor y de indicios de actividades similares desde los estratos de base (Peña Negra Ia) (González Prats 1990), es su posición de intermediaria en una ruta marítima hacia el estaño del Occidente de la Península (fig. 1).

Ello plantea varios apasionantes interrogantes, como el origen del o de los artesanos que ocupaban el taller de Peña Negra. Su estatus y papel dentro de la comunidad. Y en un plano más general, en qué modelo económico debiéramos encuadrar tales actividades.

Si comenzamos pasando revista a nuestro fundidor, me temo que me voy a ver obligada a resucitar en cierta forma la figura del metalúrgico itinerante por la que Gordón Childe sentía tanta predilección. Pero hay varias razones para ello. En primer lugar, que a pesar de las evidencias de fundición *in situ*, su producción no es pensable dentro del contexto local de Peña Negra, desconectado del ámbito atlántico al que todos los objetos fundidos pertenecen, salvo tal vez las hachas de apéndices (Almagro Gorbea 1987: 283; Idem. 1922: 364), que sin embargo, parecen haberse usado más propiamente como lingotes de cobre, bronce bajo en estaño y plomo que como auténticos útiles (González Prats 1985). En segundo lugar, que a pesar de las dimensiones y aparente prosperidad del lugar, es difícilmente imaginable un especialista, siquiera a tiempo parcial, produciendo sólo para una comunidad, la de Peña Negra, pues sus manufacturas no parecen haber penetrado en el SE. peninsular. Pero sobre todo, porque dentro del contexto de las sociedades del Bronce Final europeo, sólo me resulta admisible la figura de un especialista independiente en el sentido de Brumfiel y Earle (1987: 5).

Hay evidencias, aunque ciertamente en pecios mediterráneos, de la presencia de fundidores entre los miembros de la tripulación. Así, en el de Gelindonya, donde, además de lingotes «piel de buey» y otros objetos, se recuperó un equipo de fundidor que incluía un juego de pesas de balanza, yunques y piedras de afilar y otros útiles (Muckelroy 1978: 70-71). Otro tanto puede decirse del de Rochelongue (Hugues 1965; Bouscaras 1971), del que se rescataron 800 k de metal entre tortas de cobre, lingotes de estaño, objetos ma-

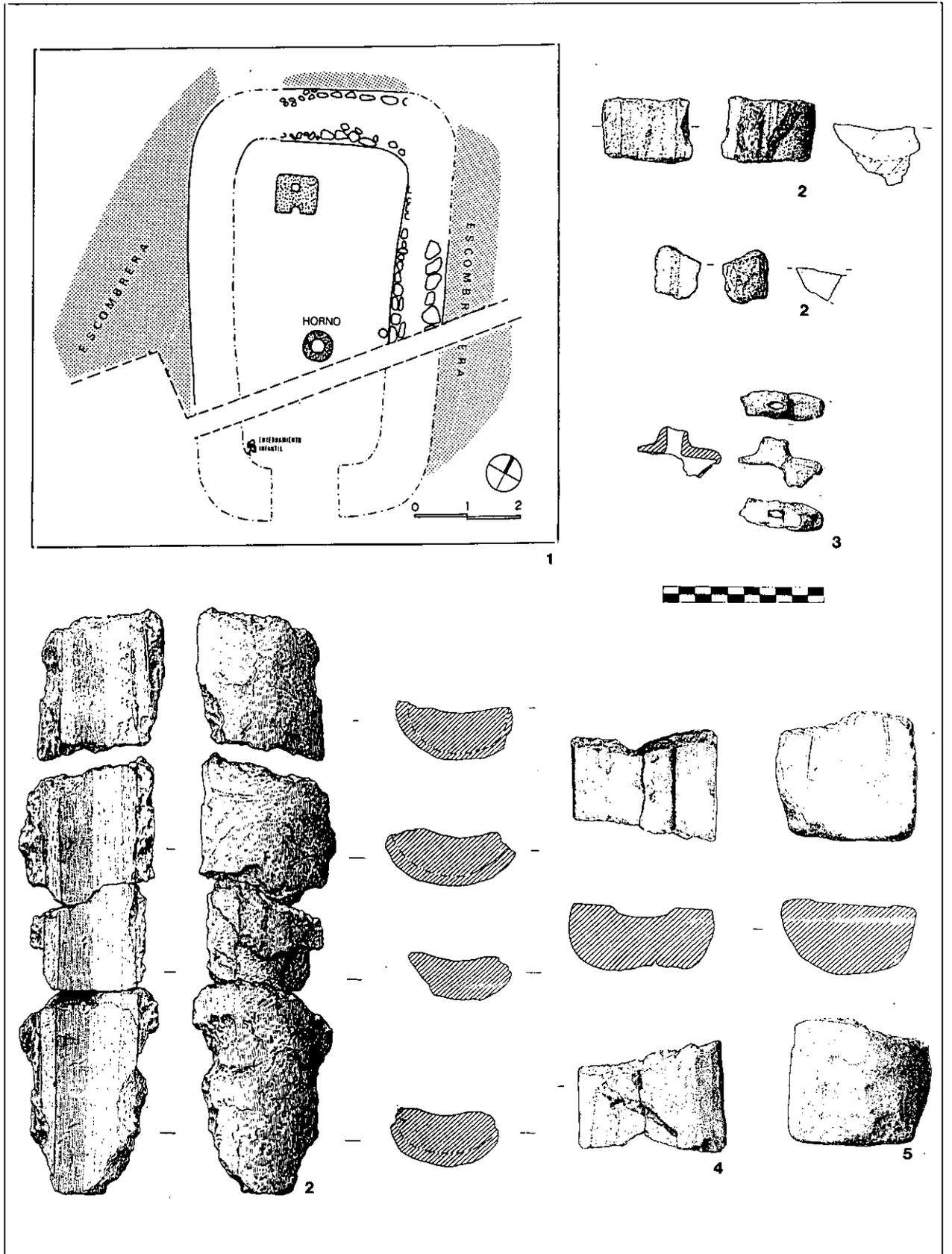


Fig. 5 a.—Núm. 1. Taller de fundidor de Peña Negra, según González Prats (1992). Núms. 2-5. Fragmentos de los moldes de fundición, según Ruiz-Gálvez, 1990.

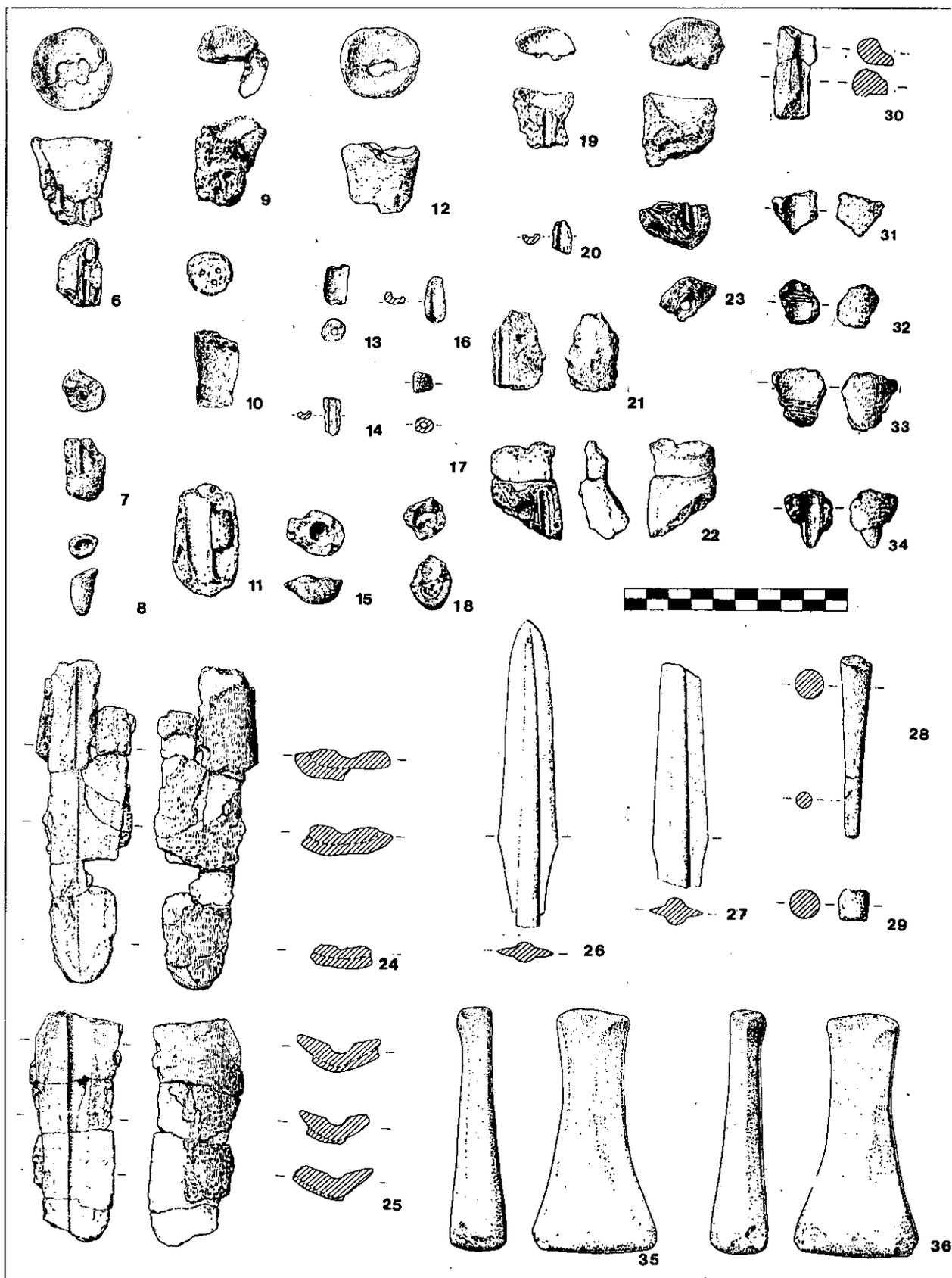


Fig. 5 b.—Núms. 6-34. Fragmentos de los moldes de fundición, según Ruiz-Gálvez, 1990. Núms. 26 y 27. Vaciados en yeso de los moldes núms. 24 y 25. Núms. 35-36. Machacadores para mineral.

nufacturados en bronce y lo que claramente hay que considerar en mi opinión, como un equipo de fundidor, consistente en martillos, buriles, gubias y hachas, amén de chatarra para refundición y rebabas y restos de colada para su recuperación (Ruiz-Gálvez 1990: 338). Como no resulta probable, salvo que poseyeran instintos suicidas, que estos metalúrgicos fundieran en los barcos, cabe pensar que su función, además de cooperar posiblemente durante la travesía con los demás miembros de la tripulación, sería la de recoger y reciclar chatarra y vender productos manufacturados. Estas actividades, aunque fueran realizadas estacionalmente —durante el periodo apto para la navegación—, tuvieron que hacerse en tierra firme y hubieran requerido si poseyeran carácter regular, un lugar ex profeso en el que llevarlas a cabo (Tylecote 1987: 17).

Eso es lo que posiblemente explique el taller de Peña Negra. No la presencia de un fundidor viviendo todo el año dentro de la comunidad, sino la llegada estacional, pero regular, de un metalúrgico que recoge y recicla chatarra y funde para la comunidad indígena y tal vez, para los intermediarios sardos. Esto a su vez permitiría comprender el que en el mismo edificio se hubieran realizado tareas textiles, difícilmente compatibles en contra de la opinión de González Prats (1990: 94), con las de fundición por el carácter fácilmente inflamable de las telas, pero que sí habrían podido tener lugar si aquella tuviera una frecuencia meramente estacional y por tanto ambas no tuvieran necesariamente que coincidir.

El asentamiento de unos comerciantes y fundidores atlánticos en un poblado del SE de la Península, implica que previamente hubieron de establecerse pactos sociales que permitieran el atraque en su costa y la realización de actividades de intercambio. Esto es lo que quizá representen los brazaletes de tipo Villena (fig. 3), presentes en la zona atlántica de la Península a partir del Bronce Final. Este tipo de brazaletes carece de precedentes en el Occidente Peninsular pero sin embargo son bien conocidos en el SE. de la Península desde el Bronce Pleno (Almagro Gorbea 1974; Ruiz-Gálvez 1989: 54-55). La presencia de dichos brazaletes en la fachada atlántica refleja la llegada de técnicas y tal vez también, de mujeres desde el SE. de la Península, como parte de unas alianzas que facilitaron la navegación indígena entre el Atlántico y el Mediterráneo y el establecimiento de puntos de apoyo en las redes de intercambio (Ruiz-Gálvez 1989 y en prensa). Es posiblemente ésta también, la razón del aparente desplazamiento de la población del área del Vinalopó (fig. 1), hacia puntos más cercanos a la costa y de la pérdida del control estratégico de Villena sobre la región.

Más difícil de determinar me resulta, el origen de la persona o personas que realizan actividades textiles en el taller de Peña Negra, porque al contrario del metalúrgico, pocas huellas nos han llegado del producto final de su trabajo. Hay sin embargo dos razones para pensar en su origen mediterráneo aunque por ahora me sienta incapaz de precisar si directamente del Este o del Centro del mismo. La razón primera la constituye el propio registro arqueológico que señala la realización

de tal actividad en un área especializada y no dentro del espacio doméstico. Ello indica bien que el volumen de producción textil excede el de autoconsumo, bien que implica una tecnología o una instalación especial, diferente de la usual en el ámbito local, o bien que los fabricantes no pertenecen a la comunidad de Peña Negra y que por ello, trabajan en un recinto especialmente habilitado al efecto. La segunda razón la constituyen las propias cerámicas pintadas de Peña Negra I, cuyos motivos geométricos en rojo y amarillo, sugieren la producción de telas costosas (fig. 6 n.º 11-19).

Este tipo de decoración pintada geométrica, se aplica siempre a cerámicas cuidadas, a molde por lo general, y carece de precedentes en el contexto indígena anterior al Bronce Final, esto es, en la llamada cultura de Cogotas I, que representa un Bronce Tardío postargárico en el SE. y Levante peninsular. Prueba de la escasa familiarización de los indígenas con esta técnica es a mi juicio, el que la pintura se aplique con posterioridad a la cocción del recipiente (González Prats 1983: 71), por lo que resulta especialmente frágil.

Estas cerámicas pintadas que se conocen en el Levante y Mediodía peninsular desde el Bronce Final (fig. 6 n.º 1-10), y en la Meseta y NE. en la transición Bronce Final/Edad del Hierro o primera Edad del Hierro, han sido interpretadas de muy diversas maneras. Para unos (Santa-Olalla 1935), eran de origen centroeuropeo y había que relacionarlas con las invasiones célticas. Para otros (Almagro Gorbea 1977: 459 y ss.), su origen era dual: Las cerámicas del Sur parecían estar relacionadas con las cerámicas geométricas mediterráneas, mientras que las del NE. tenían su origen en el mundo de los C. U., extremo que niega Ruiz Zapatero en su tesis (1985: 759). Otros, (Fernández-Posse 1981: nota 65), las consideran indígenas y parte del bagaje decorativo de las cerámicas Cogotas I. Atribuciones a orígenes tan diferentes son también reflejo de la propia heterogeneidad de las mismas.

Todas ellas presentan una enorme variedad de soportes cerámicos, motivos decorativos y combinaciones de colores que difieren de unas regiones a otras, Por ello y basándome en el taller textil de Peña Negra, considero que hay que ver en estas cerámicas el reflejo del impacto que produce en las poblaciones indígenas de la costa peninsular, la llegada de ricos tejidos orientales en época precolonial y la transmisión desde ésta de cerámicas —y tal vez también de tejidos— hacia el interior, ya en la Edad del Hierro.

La presencia en Peña Negra desde los niveles de base del yacimiento, de cuentas de pasta vítrea, ámbar, brazaletes de marfil, hachas de apéndices laterales, pinzas de depilar y fíbulas de codo (González Prats 1983: 177 y 1990: 90-92), refleja una presencia de comerciantes mediterráneos, cuyas bases debieron pactarse con anterioridad, como lo muestran los elementos orientales del tesoro de Villena.

## 5. UNA VIDA DE HEROE

A su vez, Peña Negra es la clave para comprender el carro y el hierro de Baiões, así como el asador atlán-

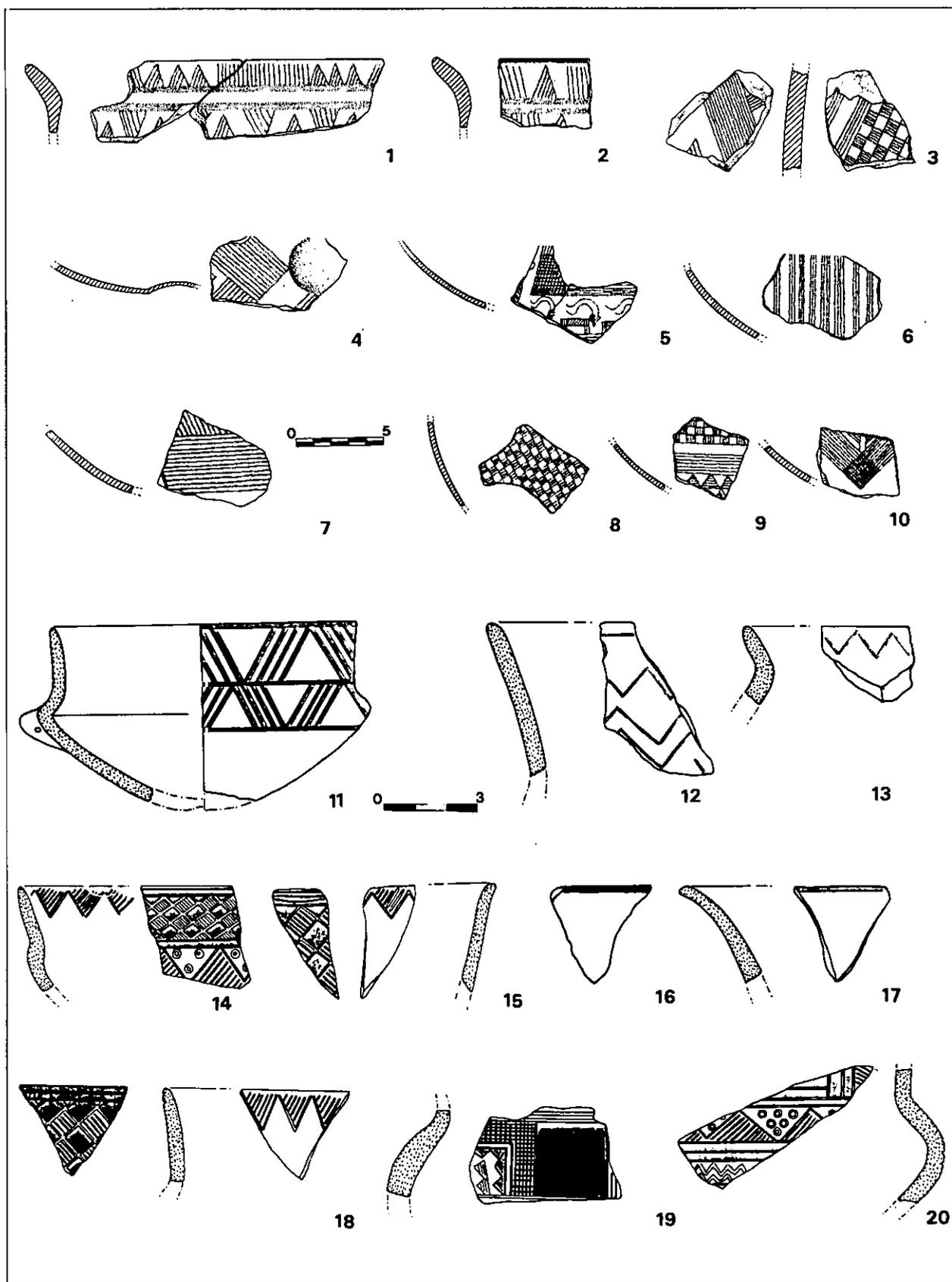


Fig. 6.—Cerámicas pintadas del Bronce Final. Núms. 1-10: Huelva (Andalucía Occidental), según Fernández-Miranda, 1986. Núms. 11-20: Peña Negra (Alicante, Levante español), según González Prats, 1983.

tico de la tumba chipriota de Amathus (Karageorghis y Lo Schiavo 1989). La presencia en Peña Negra de un fundidor que fabrica los mismos objetos que en los castros atlánticos de Baiões y Coto de Pena (Silva 1986: 29, nota 128 y 66 y Lám. XXXIII n.º 9 y 10; Silva et al. 1986: Est. VII 1 y 2) (véase fig. 1), evidencia la existencia de una ruta entre el Atlántico y el Mediterráneo, protagonizada por navegantes del Occidente de la Península, o por éstos y sardos (Taramelli 1921: n.º 19-22, 60-3, 79, 6.295-8 y 36.246, 36.295-8). Su objetivo parece haber sido el intercambio de materias primas, estaño de Occidente, chatarra y tal vez cobre del Mediterráneo, con la que seguramente se produjo también la llegada de nueva tecnología —brazaletes tipo Villena y hierro del depósito de Baiões— que produjo distintos grados de aceptación y asimilación.

Ésta fue más rápida en el caso de la orfebrería tipo Villena (fig. 2), que pronto da lugar a un mestizaje con la típica atlántica, como en el caso del brazalete de Cantonha (Braga, Portugal) (Cardozo 1957), y más dificultosa en el caso del hierro, que sólo con la conquista romana acaba de imponerse en gran parte de la región Noroccidental (Ruiz-Gálvez 1991: 290 y ss.). Ello junto a la ausencia de cerámicas pintadas similares a las del Bronce Final del Mediodía y Levante peninsular, sugieren claras fronteras culturales y tecnológicas que de nuevo parecen apelar a los conceptos de intercambio y distancia social de Bradley (1985).

Y explica también como antes decía, la presencia del asador atlántico en la tumba de Amathus. Karageorghis señalaba (1989: 16) que aunque los asadores son frecuentes en tumbas de época Chiprio-geométrica y más tardía, el hallado en Amathus correspondía a un tipo desconocido hasta la fecha en Chipre, por lo que debía de tratarse de una importación. Almagro Gorbea (1990: 365), por el contrario, considera que el asador de Amathus demuestra el origen oriental y no centroeuropeo o atlántico de estos objetos, cuyos elementos decorativos tendrían paralelos en el tesoro de Enkomi y en los carros rituales.

Karageorghis (1989: 16) sitúa los materiales de dicha tumba en un marco amplio, entre el Chiprio-geométrico I (1050-950 a. C.) y el Chiprio-geométrico II (950-850 a. C.), razón por la cual creo que deben aceptarse estas últimas para la tumba y para la deposición en ella del asador. Pues concuerdan con las que Gómez (1991), basándose en datos dendrocronológicos de yacimientos suizos, propone para el horizonte atlántico de espadas en lengua de carpa (940-750 a. C.), a las que mayoritariamente se asocian los asadores y los restantes elementos metálicos que demuestran una corriente entre el Atlántico y el Mediterráneo. Y asimismo, casan con dos dataciones radiocarbónicas de  $2930 \pm 100$  y  $2920 \pm 110$  B.P.<sup>4</sup> obtenidas para los momentos iniciales de la ocupación del castro portugués de Coto da Pena (Silva 1986), que funde la misma metalurgia Vénat que Baiões y Peña Negra (Silva 1986:

29 nota 128 y pág. 166 nota 266). La primera de estas dataciones se obtuvo sobre muestras de Vicia faba L. procedentes de un conchero al exterior de una casa. Dentro de ésta se halló una hoz Tipo *Rocanes*, típica del Bronce Final portugués y que en Monte Sa Idda se asocia a una metalurgia «Vénat», similar a la de Peña Negra y los castros portugueses (Taramelli 1921 figs. 19-22, 25-42 y 60-63; Ruiz-Gálvez 1986 mapa 2).

Probablemente en contra de Almagro Gorbea (1992), hayamos de entender el asador de Amathus dentro de esta ruta comercial entre el Atlántico y el Mediterráneo, en la que debieron participar como intermediarios navegantes de distintos orígenes y procedencias. Es muy posible que este asador haya llegado desde el Occidente vía Cerdeña, como regalo para alguien que no es ajeno a su funcionalidad, pero que aprecia lo exótico de su factura o morfología. Ello no quiere necesariamente decir sin embargo, que los contextos sociales y significados simbólicos de su utilización tengan necesariamente que ser los mismos en el Occidente europeo y en el Mediterráneo. El contexto funerario del ejemplar de Amathus está posiblemente relacionado con la idea del banquete funerario y la heroización del difunto. El de los atlánticos, con la idea del festín como elemento competitivo entre miembros del mismo grupo de edad o sexo.

Lo interesante del hallazgo chipriota es que tal vez éste sea la prueba de un comercio de estaño occidental hacia el Este del Mediterráneo, con la intermediación de peninsulares y sardos.

## 6. VULGARES TRAFICANTES Y ELEGANTES ARISTOCRATAS

Hay una última cuestión, con la que deseo finalizar este trabajo. Y es la de en qué modelo económico deberíamos encajar estos datos. Recientemente Sherratt (en prensa), consideraba que si bien para la Europa del Neolítico y de la Edad del Cobre, un modelo substantivista resultaba admisible, gran parte de las Edades del Bronce y Hierro europeos oscilarían entre los modelos económicos substantivista y formalista. Y ello me parece razonable, tal vez porque como hija del viejo y sabio Mediterráneo, estoy acostumbrada a la convivencia —en ocasiones armoniosa—, de ambos modelos económicos en pleno umbral del s. XXI.

Trasplantada a los EE. UU. en los momentos de su gran despegue como potencia capitalista, una institución socioeconómica tan arcaica y tradicional como la *Cosa Nostra*, basada en los vínculos personales, no sólo no desapareció sino que, desgraciadamente, floreció. En ella, el Padrino-Big Man ejerce un poder absoluto, por su carisma y capacidad de hacer favores a sus parientes, reales o ficticios. Favores que, naturalmente, crean una deuda que nunca acaba de saldarse y que fomentan los lazos de dependencia personal. Salvo, claro, que un clan rival lo asesine o que un miembro del propio se deshaga a tiros de él y ocupe su lugar. Leyendo esto, uno se creería transportado con Shalins a Melanesia, pero no: apenas unas pocas calles nos separan de Wall Street.

<sup>4</sup> Las fechas corresponden a los análisis UGRA 200 y 201 y equivaldrían a  $980 \pm 100$  b. c. y  $970 \pm 110$  b. c. Calibradas se situarían respectivamente entre  $1420 \pm 900$  B.C. y  $1420 \pm 840$  B.C. Nuevamente de bo su calibración a R. Fábregas.

De la misma manera, aunque sin mafiosos, yo creo percibir la presencia de ambos modelos conviviendo en la Península Ibérica a finales de la Edad del Bronce pero, como señalaba Sherratt (en prensa), ese espíritu de empresa es consecuencia de una intervención exterior.

Ya en una ocasión anterior (Ruiz-Gálvez 1986), señalé cómo las tres regiones que aparecían más claramente implicadas en ese tráfico comercial entre el Atlántico y el Mediterráneo, el SO. francés, el Centro-Norte de Portugal y Cerdeña, tenían en común su posición estratégica para actuar de intermediarias, mucho más que su riqueza en recursos mineros. Es éste el caso del SO. francés que carece de minerales pero que es una zona de contacto con el área centroeuropea de C.U. (Coffyn 1985: 116). En cuanto a Cerdeña, es su posición en las rutas de navegación, mucho más que sus recursos mineros, lo que la hace interesante, hecho que también resaltan los Gale (1986). Por lo que respecta a la región portuguesa, es cierto que es rica en estaño y que éste es el recurso que castros como Coto da Pena o Baiões parecen controlar. Sin embargo, los recursos más ricos en estaño están en Galicia, no aquí (Ruiz-Gálvez 1991: fig. 5). En el caso de los castros portugueses, tenemos evidencias de fundición y reciclado de metal, pero salvo el depósito de Baiões (Silva et al. 1986), no hay grandes o espectaculares acumulaciones de objetos metálicos como las que caracterizan otras regiones atlánticas. Y aunque al igual que en otros ámbitos atlánticos no existen enterramientos formales a partir del Bronce Pleno, en el Centro-Norte de Portugal y desde el Bronce Final en su mitad Sur (Ruiz-Gálvez 1991; Belón y Escacena 1991), tampoco se produce en todo Portugal un sólo hallazgo de armas en las aguas. Y en grietas o fisuras de rocas, son muy escasos y anteriores al horizonte de las espadas en lengua de carpa (Ruiz-Gálvez 1982: 192; idem. 1984: 177 n.º 272 y 212 n.º 345). El valor social y emblemático que en otras regiones (Bradley 1990), poseen las armas y objetos metálicos, parece ceder el paso aquí, a su propio valor de cambio como mercancía (Renfrew 1986; Sherratt en prensa).

El caso de Cerdeña, los tres mayores depósitos que contienen objetos de procedencia occidental, esto es Monte Sa Idda, Monte Arribiu y Forraxi Nioi (Taramelli 1921; Idem. 1926; Fiorelli 1882), parecen responder a razones prácticas: acumulación de chatarra para refundición en lugar de acaparamiento de riqueza. En todos ellos aparecen lingotes o útiles asociables a fundición, refinado y acabado de piezas metálicas. Así, lingotes de cobre: Monte Sa Idda, Forraxi Nioi y Monte Arribiu; objetos en bruto de colada: Monte Arribiu; sierras y tases: Forraxi Nioi; producciones locales como barcos votivos y figuras: Forraxi Nioi y Monte Sa Idda; así como hierro: Monte Sa Idda y Forraxi Nioi. Por ello, parecen auténticos depósitos de chatarrero, en los que los objetos reunidos se aprecian por su materia prima y no por su valor social o simbólico (Ruiz-Gálvez 1986: 33). De nuevo, su contexto de utilización y deposición es muy similar al de los castros portugueses.

Por el contrario, el patrón visible en el SO. francés es menos rígido y concuerda con el descrito por Brad-

ley (1990):121-6 y 144 y ss.) en el Bronce Final Occidental, donde las armas aparecen aisladamente en los ríos, o fragmentadas, formando parte con otros útiles, de depósitos de carácter práctico. Aquí también los depósitos ocupan un lugar periférico respecto a los hallazgos en las aguas (Ver Coffyn 1985: Carte 10) y habría que valorar tal hecho en relación con la ausencia de metal en la región y su posición fronteriza entre el mundo atlántico y el de C.U., como lo refleja el carácter mixto de estos depósitos (Bradley 1990). Las armas atlánticas aparecen en las aguas, pero estas mismas, junto con armas y útiles C.U., se almacenan en depósitos utilitarios, tendencia que aumenta conforme avanzamos hacia el interior de la región, lo que coincidiría con el carácter fronterizo de esta última y el diferente tratamiento de armas y objetos según circulen dentro o fuera de su ámbito social (Bradley 1985 y 1990: 144 y ss.). En tal sentido, un modelo substantivista parece aquí más adecuado.

Si recopilamos los datos anteriores, los hallazgos de Cerdeña y Portugal parecen ajustarse por el contrario, más con las teorías formalistas que con las substantivistas. Es la posibilidad de explotar su inmejorable posición en las rutas de navegación y sus propias materias primas, lo que parece emerger del análisis de los datos: en una palabra, el espíritu de empresa y la búsqueda de la ganancia.

La explicación es sin embargo distinta en otros puntos de la Península, como Galicia, el Suroeste o la propia Peña Negra.

Así, el mayor depósito de bronce del SO. y de toda la Península Ibérica, la Ría de Huelva, presenta una serie de características muy especiales que permiten cuestionar su carácter utilitario, de cargamento de chatarra. En primer lugar el que, salvo un pequeño cincel propio para trabajo especializado como la orfebrería, las más de trescientas piezas que constituyen el depósito son todas armas ofensivas o defensivas, objetos de vestido y adorno o arneses de caballo, lo que denota un carácter selectivo y aristocrático del conjunto. En segundo lugar, el hecho de que, aunque no en el mismo lugar que el famoso conjunto, en otros puntos de la Ría se han producido diversos hallazgos metálicos notables (Terrero 1990), como el de un casco griego de tipo corintio (Albelda y Obermaier 1931), que tiene su mejor parangón en otro casco griego arcaico, arrojado a las aguas del río Guadalete (fig. 1). Ello parece señalar un papel ritual para estos hallazgos fluviales y no meramente su carácter de cargamento de chatarra (Ruiz-Gálvez 1982). Otras circunstancias hablarían a favor de esta hipótesis. Así, la notable escasez por no decir que casi total ausencia de útiles metálicos en el Bronce Final del SO. peninsular, donde abundan armas y pesados y macizos torques de oro, pero escasean los instrumentos (ver Ruiz-Gálvez 1991: fig. 6). En último lugar, el carácter bastante homogéneo de las aleaciones metálicas del «depósito» (Ruiz-Gálvez 1987)<sup>5</sup>, que permite pensar que armas y elementos de

<sup>5</sup> La serie de análisis de la Ría de Huelva será publicada dentro del proyecto de la CICYT para el estudio del Bronce Final en el Occidente Peninsular, del que soy directora.

adorno —entre ellos cascos y ffbulas de tipo siciliano y chipriota— se han fundido en una misma zona.

Es preciso tener en cuenta que las armas de Huelva fueron extraídas casualmente por una draga. El conjunto se ha interpretado generalmente, como cargamento de chatarra de un barco hundido, por el grado de deterioro que mostraban en su mayoría las armas y porque se dice que el hallazgo se produjo en un espacio relativamente reducido, entre los 7,50 y 9,50 m de profundidad y mezclado con restos de madera y de fango del río (Gómez Moreno 1923). No obstante, el tipo de draga «de rosario» que a lo largo de varias semanas fue extrayendo las piezas metálicas, remueve el lecho del río, por lo que es imposible determinar con seguridad el grado de concentración de las mismas, argumento sobre el que se ha basado su interpretación como pecio<sup>6</sup>.

El Suroeste de la Península Ibérica ha sido siempre celebrado en la Antigüedad, por su abundancia en minerales. En efecto, un cinturón de piritas rico en hierro, cobre, plomo, plata y oro, lo atraviesa desde el Oeste de la provincia de Sevilla, hasta Portugal. Sin embargo, la gran explotación de las riquezas mineras de la zona, la plata en especial, no parece ser anterior a la presencia fenicia a partir del s. VIII a. C. Durante el Bronce Final, pequeñas comunidades de mineros como la de Chinflón (Huelva), explotaron el mineral de cobre en un área escasamente ocupada y habitando los poblados mineros durante periodos temporales breves (Ruíz Mata 1989: 218-222 y 232 y ss. Idem. 1990: 68).

El florecimiento poblacional (Belén y Escacena 1992) que en Huelva como en el resto del SO. se produce a partir del s. IX a. C. o algo antes (Ruíz Mata 1960: 64 y ss.), pudiera estar relacionado con una demanda exterior y con la posición costera de estos yacimientos, pero tal vez no necesariamente con su riqueza en minerales, sino en otros recursos, como la sal, abundante desde el Estuario del Tajo al del Guadalquivir, o sus rebaños de bóvidos.

Con estos últimos y con el control de las rutas ganaderas y los recursos importantes emplazados a lo largo de las mismas, como puntos de agua, vados de ríos, pasos de montaña, zonas de aprovechamiento económico complementario etc. parecen estar relacionadas las estelas del Bronce Final del SO. (fig. 7 n.º 4-13. (Ruíz-Gálvez y Galán 1991; Almagro Basch 1966). En ellas, elementos de origen atlántico como las armas, se asocian en ocasiones a otros de tipología mediterránea como carros, espejos o instrumentos musicales. Pero, mientras de los primeros poseemos evidencia de su presencia real en la región a través de los hallazgos en los ríos del SO., no ocurre así con los segundos. Eduardo Galán (comunicación personal), quién actualmente se afana por desentrañar el significado de las estelas del SO., opina que la representación de objetos de tipología mediterránea podría responder a un fenómeno similar al que se produce en el arte rupéstre escandinavo, donde la representación de armas cuyo origen o materia prima es exótica, es tanto más frecuente cuan-

to más infrecuente es el hallazgo de auténticas armas (Bradley 1990: 133).

En un artículo en el que sugería que la Ría debía entenderse como depósito votivo y no como pecio, Schauer (1983: 185), proponía que los objetos orientales representados en las estelas del SO., debían entenderse en el marco de relaciones comerciales directas entre el Egeo y la Península Ibérica. Estas habrían producido un proceso de «orientalización», visible en dichas estelas y al que no serían ajenos la llegada de telas y otros productos costosos como peines y espejos, atributos propios del hombre de Estado oriental (Ibidem: 194).

El problema de esta interpretación nuevamente es que choca con la ausencia de auténticos paralelos para los objetos orientales de las estelas, pues los pocos que conocemos como el carro de la necrópolis de la Joya (Huelva), (Garrido y Orta 1978: fig. 60), son posteriores y pertenecen ya a un ambiente colonial fenicio de la Edad del Hierro. Es muy posible pues que, como E. Galán propone, llegaran muy pocos auténticos carros, espejos e instrumentos musicales, si es que acaso llegaron realmente y que su representación en las estelas del SO. deba entenderse dentro de un lenguaje simbólico e ideológico propio, más que como reproducción de objetos reales.

En las portadas de los edificios españoles del gótico tardío, como en las de otros países europeos, comienzan a figurar desde fines del s. XV, representaciones a tamaño natural de hombres desnudos, barbados, de largas cabelleras y cuerpo peludo, portando a veces carraj y flechas (fig. 7 n.º 1).

Es el impacto que la Era de los Descubrimientos y la llegada de información de los viajeros y navegantes, produce sobre la población europea. Es evidente que ni el artista que esculpió esas figuras en las portadas, ni la mayoría del público que las admiraba a diario, había visto en realidad tales salvajes. Sin embargo, su imagen se incorpora, porque responde iconográficamente a un mito ya existente en la Europa Medieval, el del buen salvaje recogido en la «Historia de Alejandro». Por idénticas razones —el impacto de los relatos de viajeros y comerciantes como Marco Polo sobre las riquezas y maravillas de Asia—, tiene lugar la aparición de la raza amarilla, chinos y mongoles especialmente, (fig. 7 n.º 2), en la iconografía europea de fines de los s. XIV y XV. Y la generalización de la figura de un tercer Rey mago negro en el arte europeo a partir del s. XV, está relacionada con las navegaciones portuguesas a los puertos de oro y esclavos del Africa negra (fig. 7 n.º 2) (Azcarate 1948; Baltrusaitis 1981: 172; Helms 1988: Capítulo 6; Reau 1957: 240-42; Sebastián 1978: 151). Algo así pudo suceder con las estelas del SO. Los elementos mediterráneos podrían no reproducir objetos reales, sino representar la incorporación al lenguaje indígena del concepto y atributos del hombre de Estado oriental, (fig. 7 n.º 3-13) transmitidos a través del comercio con el Mediterráneo Central.

Las estelas del SO. se concentran especialmente en dos regiones, Bajo Guadalquivir/Extremadura y ambos Alentejos (fig. 1), de vocación ganadera y donde el típico paisaje de *dehesa* existe desde el IV.º Milenio a. C.

<sup>6</sup> Agradezco a Juan Pereira que me llamara la atención sobre la relación entre el tipo de draga y el grado de concentración de los hallazgos.

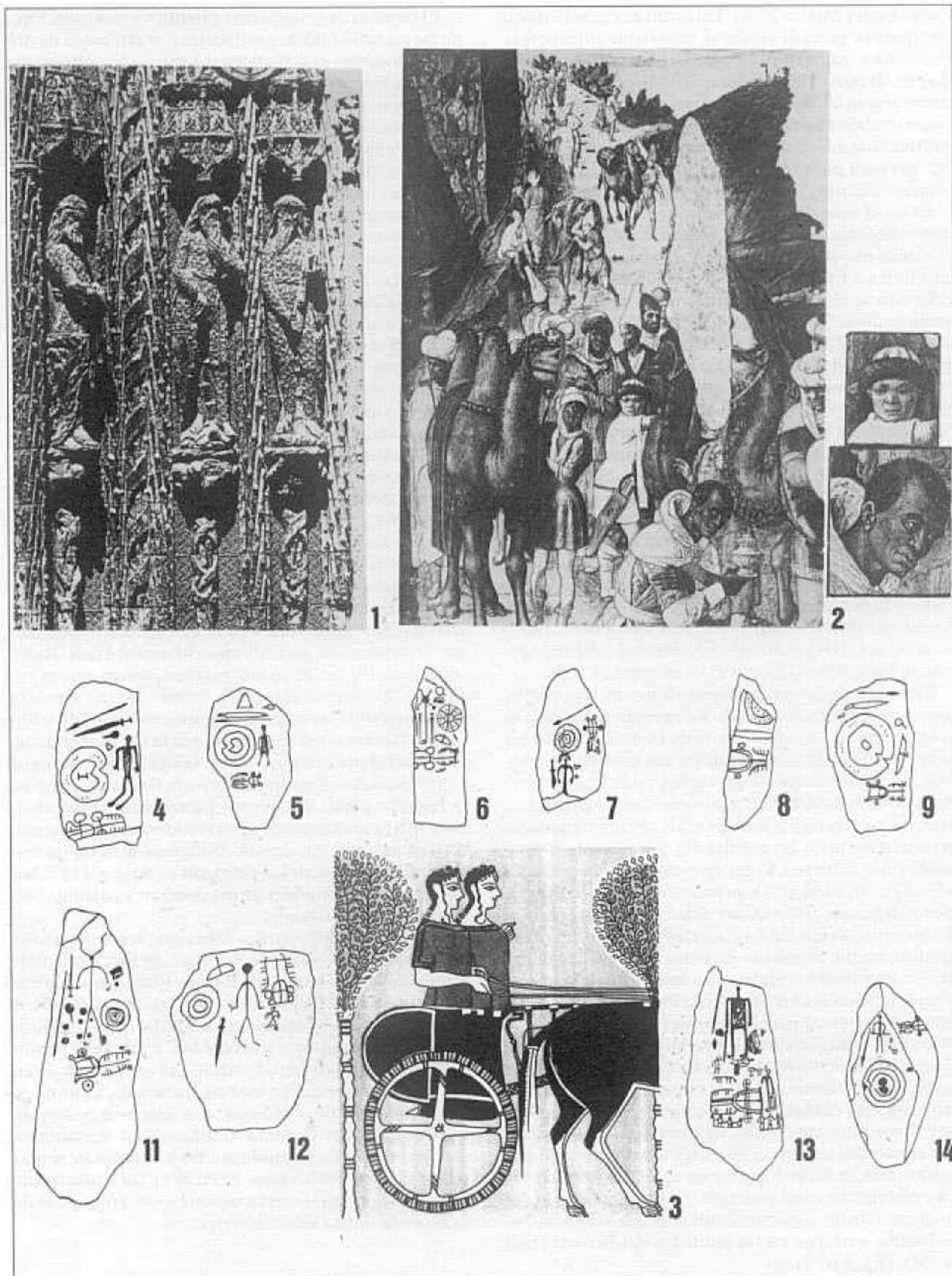


Fig. 7.— Núm. 1: representación de salvajes de San Gregorio de Valladolid (España). Núm. 2: fragmento de la Adoración de los Reyes Magos de Andrea Mantegna (Florencia, Galería de los Uffizi). Núm. 3: representación de carro procedente de Tirinto, según Fernández-Miranda & Olmos, 1986. Núms. 4-13: estelas del Bronce Final del SO, con representación de carros y otros elementos mediterráneos, según Almagro Gorbea, 1977.

(Stevenson y Moore 1988). Este tipo de representaciones tiene su precedente local, en estelas antropomorfas e ídolos-guijarro con armas del Bronce Pleno, (Almagro Basch 1966; Idem. 1972), especialmente frecuentes en las Beiras, Extremadura y Alentejo (fig. 1), zonas de dehesa y también, de arraigada tradición megalítica. Las estelas de guerrero del Bronce Final del SO. parecen pues responder a una tradición indígena, propia de la zona occidental de la Península Ibérica.

Es en el seno de las poblaciones ganaderas del SO., como debemos seguramente entender el nuevo auge poblacional que parece producirse a partir del Bronce Final (Belén y Escacena 1992; Ruiz-Gálvez 1991), conectado con la demanda externa, tanto atlántica como mediterránea, hacia el Occidente de la Península Ibérica. En este tráfico comercial, la zona del Bajo Guadalquivir pudo ofrecer facilidades de atraque y unas llanuras costeras ricas en sal y ganado. Estas riquezas habrían revalorizado la región y provocado fenómenos de competición social (Bradley 1982 y 1990), a los que responderían los hallazgos de armas en las aguas y de muchos grandes y pesados torques ocultos en tierra (Ruiz-Gálvez 1982 y en prensa). El mejor ejemplo de ello lo constituye la Ría de Huelva que seguramente como Flag Fen (Peterborough, Gran Bretaña) (Pryor 1989; Idem. 1990; idem. 1991; Pryor et al. 1986; Bradley 1990), es un lugar ritual<sup>7</sup>. Ello, junto a la ausencia de enterramientos formales y la presencia de armas y joyas de tipología occidental, permitiría incluir el SO. peninsular dentro de la koiné ideológica y cultural de la Europa atlántica (Escacena 1989; Ruiz-Gálvez 1991 y en prensa).

Esta élite ganadera, hermana menor de los orgullosos reyes-señores de ganado de la épica homérica, se nos muestra como consumidora de riqueza en actos públicos de significación social. En ese sentido, respondería indudablemente a un modelo substantivista. Y en este consumo público y competitivo de objetos de prestigio, entrarían los elementos mediterráneos representados en las estelas del SO. Estos, junto con telas de lujo, debieron llegar en pequeñas cantidades a la zona costera del SO. probablemente no directamente del Egeo como quiere Schauer (1983), sino por la intermediación de navegantes del Mediterráneo Central, posiblemente sardos entre ellos. Su llegada no parece provocar un proceso de aculturación que sólo se producirá con el desembarco físico de mercaderes fenicios y como quieren algunos (González Wagner 1983; Escacena 1989; ver Ruiz-Gálvez 1991: 291), con el asentamiento de auténticos colonos agrícolas sirio-palestinos en tierras del SO. peninsular. Lo que parece producirse es más bien un fenómeno de emulación, por el que tales elementos mediterráneos son asumidos e incorporados a un lenguaje ideológico y de poder propios, asociándolos en las estelas a los elementos emblemáticos del guerrero y a recipientes de lujo, en el caso de las cerámicas pintadas que como en Peña Negra, aparecen en los poblados del Bronce Final del SO. (fig. 5 n.º 1-10).

El modelo de aristócratas ganaderos, consumidores de mercancías lujosas producidas por artesanos de orígenes diversos, casa bien igualmente con lo observado en Peña Negra. Sólo que el modo en que éstas se consumen y se exhiben, no responde al mismo patrón que en el área del SO. Sencillamente, porque los habitantes de Peña Negra, pertenecen a un sistema socioeconómico e ideológico diferente del de aquélla. Si el control de los intercambios a larga distancia y la exhibición y pública amortización de riqueza juegan un papel importante en la adquisición de poder y de rango social en la Europa occidental del Bronce Final (Rowlands 1980; Bradley 1982; Idem. 1990; Thomas 1989), en el SE. de la Península Ibérica hay claros indicios de posiciones sociales heredadas y basadas en la posesión de los medios de producción y no meramente en su control, desde época argárica (Ruiz-Gálvez en prensa). Por ello, no hay aquí espectaculares acumulaciones de riqueza como en los depósitos atlánticos y por ello, los objetos exóticos se encuentran en contextos domésticos pero sobre todo, en los ajuares de la necrópolis de incineración de Les Moreres, perteneciente a la población del Bronce Final de Peña Negra (González Prats 1983 y 1990).

Y queda finalmente Galicia, rica en estaño pero que sigue una trayectoria muy diferente de la vecina región del Centro-Norte de Portugal. Aquí los datos indican la perduración de un patrón de vida móvil, basado en una agricultura de roza y en la que la recolección juega un importante papel, hasta el Bronce Final. Debido a la acidez de los suelos gallegos, ignoramos el peso que la ganadería pudo tener dentro de esta economía itinerante, pero los primeros datos de hábitat permanente no son anteriores a la transición Bronce Final/Edad del Hierro (Ruiz-Gálvez 1991). Aunque la ausencia de enterramientos formales es absoluta en la región a partir del Bronce Pleno, apenas hay indicios de frecuentación de comerciantes atlánticos o mediterráneos por sus costas. Sólo depósitos de hachas muy plumadas ya en los momentos finales de la Edad del Bronce, son indicio de producción y acumulación de metal a cierta escala.

La región gallega parece haber quedado marginada frente al Centro-Norte de Portugal, de los circuitos de intercambio atlánticos del Bronce Final, posiblemente porque ésta última está mejor situada para actuar como intermediaria en los circuitos del estaño atlántico y del cobre, ganado y sal del SO. y SE. de la Península y del Mediterráneo Central. Tal vez por ello es en sus ríos, en especial en ciertos tramos de algunos de ellos, como el Ulla y el Miño, que debieron poseer un valor ritual como frontera simbólica y tal vez también territorial, donde se producen los hallazgos de armas (Ruiz-Gálvez 1982; Idem. 1991: 291). Su consumo de objetos de prestigio, metal en este caso, entra pues de lleno en la óptica substantivista.

## 7. MUERTE Y TRANSFIGURACION

A pesar de las distintas actitudes que parecen emerger de los participantes en este circuito comercial en-

<sup>7</sup> Estoy muy agradecida a Richard Bradley por señalarme la importancia de un lugar como Flag Fen y por mostrármelo. Y a su excavador, Francis Pryor, por explicarme el lugar.

tre el Atlántico y el Mediterráneo, un modelo pura y duramente formalista no me parece aceptable antes de la Edad del Hierro y de la presencia de establecimientos comerciales mediterráneos en la costa de la Península Ibérica.

Aunque los marinos y fundidores que navegan y trafican con chatarra y manufacturas parecen hacerlo a la búsqueda de la ganancia, aprovechando su posición estratégica en Cerdeña o en el Centro-Norte de Portugal, Sherratt (en prensa) tiene razón cuando dice que los conceptos de la escuela formal de economía comienzan a complementar pero sólo de forma limitada, los propios de la escuela substantivista.

Todavía, el ámbito de circulación de objetos y materias primas, parece estar rígidamente gobernado por valores sociales más que económicos. Así, a pesar de la existencia de fíbulas mediterráneas en castros portugueses, y a pesar de la presencia de navegantes atlánticos en Peña Negra. Las telas orientales parecen haber tenido una escasa circulación allá. El carro y los vasos del depósito de Baiões parecen igualmente haber llegado como chatarra en vez de apreciados por su significado simbólico o su valor social. En cuanto al hierro del mismo depósito, la forma de enmangarlo refleja conocimiento de su utilidad práctica pero a la vez, un intento, seguramente fallido, de incorporarlo al sistema tecnológico propio.

A pesar de sus contactos con el Mediterráneo, las poblaciones del Centro-Norte de Portugal pertenecen esencialmente al mundo social e ideológico atlántico. Sus códigos, conceptos y convenciones sobre festines y rituales, funerarios y de otros tipos, son iguales y se expresan de la misma manera que en el resto del mundo atlántico.

La introducción de todos ellos es consecuencia de la intensificación agraria, que desde la transición del Segundo al Primer Milenio a. C., se está produciendo en Europa Central y Occidental. Esta intensificación agraria, que provoca una ampliación de las redes sociales y una mayor demanda de materias primas, conecta de nuevo a la Península Ibérica con la Europa atlántica después de un largo paréntesis, tras la transición Campaniforme/Edad del Bronce, en el que apenas se intuyen contactos esporádicos. Con esta ruta comercial, se introducen no sólo objetos y convenciones sociales, sino posiblemente también mejoras en las técnicas agrarias y nuevos cultígenos como ciertas leguminosas. Unos y otras son responsables del primer asentamiento estable y permanente de las poblaciones del NO. de la Península Ibérica sobre la tierra que ocupan (Ruiz-Gálvez 1991).

Estas formas de vida se mantendrán prácticamente inalteradas tras la muerte del sistema de intercambios atlánticos y de la Edad del Bronce y sólo con la conquista romana se generalizará auténticamente el hierro entre estas poblaciones y se transformará su economía (Ruiz-Gálvez 1991; Idem. en prensa).

Algo similar puede decirse de los ganaderos de las dehesas del SO. Entre ellos, la llegada, seguramente no masiva, desde el Mediterráneo, de ricas telas, de objetos de lujo y de símbolos de estatus y jerarquía social, no parece producir un proceso de aculturación u

*orientalización*. Por el contrario, parecen haber sido incorporados y en cierto modo manipulados, dentro de un lenguaje simbólico propio, posiblemente porque sirven para reforzar la imagen del príncipe guerrero-señor de ganado y diferenciar así más a la élite del común.

Estos símbolos, sin embargo, se incorporan y asocian a convenciones, rituales y prácticas, nuevamente comunes al Occidente Atlántico y usan como soporte un elemento, —las estelas— que tiene claros precedentes locales como vimos (Ruiz-Gálvez y Galán 1991). Aquí también y a pesar de los claros cambios que se producen a partir de la Edad del Hierro, con el asentamiento de mercaderes fenicios y la introducción de nuevos cultígenos, nueva tecnología, nuevas formas de arquitectura y nuevos rituales de enterramiento, algunos autores (Escacena 1989; Belén y Escacena, 1992 b), opinan que la población autóctona, conservó sus características y convenciones esencialmente atlánticas hasta la llegada de los Romanos. Para estos autores (ver también González Wagner 1983), las transformaciones en la economía, formas de vida y rituales funerarios que se aprecian a partir del s. VIII a. C., serían consecuencia de una auténtica colonización agraria sirio-palestina de la región, de la que las poblaciones nativas se habrían mantenido al margen (ver también Ruiz-Gálvez 1991). Así, la esencia occidental e indoeuropea de la población nativa (Escacena 1989) no habría muerto, se habría transfigurado.

Peña Negra, por el contrario, continúa una tónica ya iniciada en el Bronce Final. El asentamiento crece a partir de la Edad del Hierro, adquiriendo características urbanas y en ella parecen asentarse incluso algunos artesanos orientales. Ello contrasta con la zona atlántica portuguesa, donde algunos asentamientos como Baiões desaparecen a raíz del colapso de las redes de intercambio atlánticas, mientras otros sobreviven, pero conservando hasta la llegada de los romanos una economía y unas formas de vida enraizadas en la Edad del Bronce (Silva 1986; Ruiz-Gálvez 1991). La razón del contraste entre una y otra región radica en que en ésta los primeros síntomas de asentamiento estable y auge poblacional son consecuencia de una demanda comercial externa. En el levante de la Península por el contrario, son factores demográficos y una organización agraria más eficiente desde los inicios de la Edad del Bronce (Ruiz-Gálvez, en prensa), los que actúan como atractivo para la frecuentación comercial desde el Bronce Tardío, de una región que como la del Vinalopó, carece de recursos minerales apreciables. Y ello explica, su transformación en ciudad en la Edad del Hierro.

## 8. DESDE EL PRINCIPIO AL FIN

He defendido en este trabajo los siguientes puntos:

1.º La existencia de unas relaciones comerciales marítimas entre el Mediterráneo y la Península Ibérica, que se inician en lo que en cronología del SE. español se denomina Bronce Tardío o Postargárico (s. XIII-X a. C.) (Villena, ¿Roça do casal do Meio?).

2.º La intensificación de esos contactos atlántico/mediterráneos a partir del Bronce Final (s. X-VIII a. C.) y del aumento de la demanda atlántica hacia la Península Ibérica (Baiões, Coto da Pena Negra).

3.ª El objetivo de ese comercio parece haber sido fundamentalmente el metal: estaño occidental, chatarra, y cobre del Mediterráneo Central; a ello y no a su función como útil, parecen responder las hachas de apéndices de Peña Negra. Junto con ello, pudieron apreciarse otros recursos como la sal o el ganado, existentes en el SE. y SO. de la Península Ibérica.

4.º El protagonismo indígena, es decir de navegantes del occidente peninsular y del Centro del Mediterráneo, Cerdeña en especial, en este tráfico marítimo.

Es posible que tesoros como el de Villena reflejen un temprano interés chipriota en explorar, tomando como base Cerdeña, el Mediterráneo Occidental. Sin embargo, los casos de Roça do Casal do Meio, Baiões y Peña Negra, parecen hablar más a favor de comerciantes «indígenas», entendido ese término en el sentido en que lo uso en el punto 4.º. Los Sherratt (1991: 375) señalan un breve retroceso de los vínculos entre Chipre y Cerdeña hacia el s. XI a. C., probablemente coincidiendo con la llegada de inmigrantes griegos a Chipre. Es tal vez con esta circunstancia y con la posibilidad de aprovechar un comercio oportunista (She-

rratt y Sherratt 1991: 373), con la que debamos relacionar esos cambios en el protagonismo de estas navegaciones que creo percibir desde los inicios del Bronce Final.

Las navegaciones del Bronce Tardío y Final entre el Occidente de la Península y el Mediterráneo Central facilitaron conocimientos sobre rutas, recorridos y recursos que seguramente posibilitaron la colonización fenicia del s. VIII a. C., pero no la explican. El modelo de relaciones comerciales del Bronce Final es totalmente diferente al que se aprecia desde la Edad del Hierro. Por ello, creo que M.ª Eugenia Aubet (1987: 180-190) tiene razón al cuestionar el carácter de pre-colonización fenicia de estas relaciones anteriores al s. VIII a. c.

Las innovaciones en construcción naval, cartografía y cosmografía posibilitaron el Descubrimiento de América, pero sólo una conjunción de razones socio-económicas explican por qué fue España y no otras potencias marítimas, como Portugal o Génova (Chaunu 1972: 112), quien lo llevó a cabo. De la misma manera, el mejor conocimiento del Mediterráneo Occidental desde finales del Segundo Milenio a. C. y la navegación astronómica posibilitaron esa colonización, pero las causas y momento de la misma hay que buscarlas en el seno de la propia sociedad fenicia (Aubet 1987: 24 y ss.)<sup>\*</sup>.

**POST SCRIPTUM.**—En prensa este artículo, escrito en 1991, aparecen las actas del 1.º Congreso de Arqueología Peninsular, donde Ambruster sostiene el uso de instrumentos rotativos en la fabricación de los brazaletes de Villena, lo que no desentona con la presencia de navegantes orientales en el SE. español en época antigua que aquí se mantiene.

## BIBLIOGRAFIA

- ALBELDA, J y OBERMAIER, H (1931): El caso griego de Huelva. *Boletín de la Academia de la Historia*. XCVIII. (II) 642-512. (Reimpresión de *Clásicos de Huelva*. 1: 37-77. Excma Diputación provincial de Huelva 1988 con estudio de R. Olmos).
- ALMAGRO BASCH, M. (1966) *Las estelas decoradas del Suroeste peninsular*. Madrid, Bibliotheca Prehistórica Hispana, VIII.
- ID. (1972): Los oídos y la estela decorada de Hernán Pérez (Cáceres) y el ídolo estela de Tabuyo del Monte (León). *Trabajos de Prehistoria*. 29: 83-124.
- ALMAGRO GORBEA, M. (1974): Orfebrería del Bronce fi-
- nal en la Península Ibérica, El tesoro de Abía de la Obispalía, la orfebrería tipo Villena y los cuencos de Axtroki. *Trabajos de Prehistoria*. 31: 39-100.
- ID. (1977): *El Bronce Final y el Periodo Orientalizante en Extremadura*. Madrid: Bibliotheca Prehistorica Hispana XIV.
- ID. (1989): Arqueología Antigua, El proceso proto-orientalizante y el inicio de los contactos de Tartesos con el levante mediterráneo. *Anejos de Gerion* II: 277-288.
- ID. (1992): Los intercambios culturales entre Aragón y el litoral mediterráneo durante el Bronce Final. *Home-*

<sup>\*</sup> Eduardo Galán Domingo leyó los múltiples borradores y aportó su opinión y su consejo.

- naje a Juan Maluquer de Motes. Zaragoza, Institución Fernando el Católico. pp. 357-382.
- ARTEAGA, O.; HOFFMANN, G.; SCHUBART, H. y SCHULZ, D. (1985): Investigaciones geológicas y arqueológicas sobre los cambios de la línea costera en el litoral de la Andalucía mediterránea. Informe preliminar. *Anuario Arqueológico de Andalucía*. II. Actividades sistemáticas: 117-122.
- AUBET, M.<sup>a</sup> E. (1987): *Tiro y las colonias fenicias de Occidente*. Barcelona, Bellaterra.
- AZCÁRATE, J. M.<sup>a</sup>. (1948): El tema iconográfico del salvaje. *Archivo Español de Arqueología* X: 81-92.
- BALTRUSAITIS, J. (1981): *Le Moyen Age fantastique*, París Flammarion.
- BARRETT, J. (1989): Time and tradition: The ritual of everyday life. En *Bronze Age Studies. Transactions of the British-Skandinavian Colloquium in Stockholm*. May 10-11 1985. H-A. Nordström. A. Knape eds. Stockholm, Historiska Museum Studies 5: 113-126.
- BARRETT, J. ; BRADLEY, R. y GREEN, M. (1991): *Landscape, Monuments and Society: The Prehistory of Cranborne Chase*. Cambridge University press.
- BELÉN, M.<sup>a</sup>; ESCACENA, J.L. y BOZZINO, M.<sup>a</sup> I. (1991): El mundo funerario del Bronce Final en la fachada atlántica de la Península Ibérica. I. Análisis de la documentación. *Trabajos de Prehistoria*. 48: 225-256.
- BELÉN, M.<sup>a</sup>; ESCACENA, J.L. (1992a): Las comunidades preromanas de la Baja Andalucía. En *Paleontología de la Península Ibérica*. (Almagro Gorbea, M. y G. Ruiz Zapatero eds.) Complutum. 2-3.
- ID. (1992b): Necrópolis Ibéricas de Andalucía Occidental. En *Necrópolis Ibéricas*. (Blánquez, J. y Antona, V. eds.). Madrid, Universidad Autónoma.
- BLASCO BOSQUED, C. (1987): Un ejemplar de fíbula de codo «ad ochio» en el valle del Manzanares. *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología*. 23: 18-28.
- BOUSCARAS, A. (1971): L'epave des bronzes de Rochélongue. *Archéologia*. 39: 68-73.
- BRADLEY, R. J. (1981): Various styles of urn - cemetaries and settlement in southern England c. 1400-1000 b. c. En *The Archaeology of Death*. (Chapman R.; Kinnes, I. y Randsborg, K. eds.). Cambridge, Cambridge University Press. pp. 93-104.
- ID. (1982): The destruction of wealth in Lader Prehistory. *Man*. 17: 108-122.
- ID. (1985): Exchange and social distance. The structure of bronze artefacts distribution. *Man*. 20:692-704.
- ID. (1990): *The passage of arms. An archaeological analysis of prehistoric hoards and votive deposits*. Cambridge, Cambridge University Press.
- BRUMFIEL, E. y EARLE, TH. (1987): Specialization, exchange and complex societies: an introduction. En *Specialization, exchange and complex societies*. (Brumfiel, E. M. y Earle, Th. eds.). Cambridge, Cambridge University Press. pp. 1-9.
- CABO, A. (1973): Condicionamientos geográficos. En *Historia de España Alfaguara*. I. (Artola, M. dir.). Madrid, Alianza. pp. 3-183.
- CARDOZO, M. (1957): Da origens e tecnica do trabalho do ouro. *Revista de Guimarães*. LXXVI, 1-2: 5-46 + 39 figs.
- CARO BELLIDO, A. (1989): Consideraciones sobre el Bronce Antiguo y Medio en el Bajo Guadalquivir. En *Tartessos. Arqueología Protohistórica del Bajo Guadalquivir*. (Aubet, M. C. ed.). Sabadell, AUSA. 85-120.
- CATLING, J. (1964): *Cypriot Bronzework in the Mediterranean World*. Oxford, Oxford University Press.
- COFFYN, A. (1985): *Le Bronce Final Atlantique*. Paris, Picard.
- COFFYN, A. ; GÓMEZ, J. y MOHEN, J-P. (1981): *L'Apogée du bronze Atlantique. Le depot de Vénat*. Paris, Picard.
- CUENCA, A. y WALKER, M J. (1976): Pleistoceno final y holoceno en la cuenca del Vinalopó (Alicante). *Estudios geológicos*. 32: 95-104.
- CHANDEIGNE, M. DIR. (1992): *Lisboa extramuros. 1415-1580. El descubrimiento del mundo por los navegantes portugueses*. Madrid, Alianza.
- CHAUNU, P. (1972): *La expansión europea*. (siglos XIII-XV). Barcelona, Labor.
- DÍAZ DEL OLMO, F. (1989): Paleogeografía tartésica. En *Tartessos. Arqueología Protohistórica del Bajo Guadalquivir*. (Aubet, M. E. ed.). Sabadell, AUSA, pp. 13-23.
- DOMÍNGUEZ ORTIZ, A. (1973): *El Antiguo Régimen: Los Reyes Católicos y los Austrias*. Historia de España Alfaguara III, Madrid, Alianza.
- DUKE, J. A. (1981): *Handbook of legumes of World economic importance*. New York & London, Plenum Press.
- ESCACENA, J. L. (1985): Gadir. *Aula Orientalis*. III. (1-2): 39-58.
- ID. (1989): Los Turdetanos o la recuperación de la identidad perdida. En *Tartessos. Arqueología Protohistórica del Bajo Guadalquivir* (Aubet, M. E. ed.). Sabadell, AUSA. pp. 433-476.
- FERNÁNDEZ-MIRANDA, M. (1986): Huelva, ciudad de los tartessos. *Aula Orientalis*. IV (1-2): 227-262.
- FERNÁNDEZ-MIRANDA, M. y OLMOS, R. (1986): *Las ruedas de troya y el origen del carro en la Península Ibérica*. Madrid, Ministerio de Cultura.
- FERNÁNDEZ-POSSE, M.<sup>a</sup> D. (1981): La cueva de Arevalillo de Cega (Segovia). *Noticiario Arqueológico Hispano*. 6: 45-84.
- FERRARESE CERUTI, M. L.; LO SCHIAVO, F. y VAGNETTI, L. (1987): Minoici, Micenei e Ciprioti in Sardegna nella seconda metà del II Milenio a. C. En *Studies in Sardinian Archaeology III*. (Balmuth, M. ed.) British Archaeological Reports. International series, 387. pp. 7-34.
- FIGURELLI, A. (1882): Furraxi Nioi. *Notize degli scavi di Antichità*. pp. 305-309.
- GAIMSTER, M. (1981): Money and media in Viking Age Scandinavia. en *Social Approaches to Viking Studies*. (Samson, R. ed.). Glasgow, Cruithne Press. pp. 113-122.
- GALE, N. H. y STOS-GALE, Z. A. (1988): Recent evidence for a possible Bronze Age metal trade between Sardinia and the Aegean. En *Problems in Greek Prehistory*. Papers presented at the Centenary Conference of the British School of Archaeology at Athens. (French, E. B. y Wardle, K. A. eds.) Manchester April 1986. Bristol Classical Press. pp. 349-384.
- GARCÍA MERCADAL, J. (1972): *Viajes por España*, Alianza.
- GARRIDO ROIZ, J. P. y ORTA GARCÍA, E. M.<sup>a</sup> (1978): *Excavaciones en la necrópolis de «La Joya»*, Huelva 2. Madrid, Excavaciones Arqueológicas en España.
- GASSULL, P. (1986): Problemática en torno a la ubicación de los asentamientos fenicios en el sur de la Península. *Aula Orientalis* IV. (1-2): 193-201.
- GIL-MASCARELL, M. y PEÑA SÁNCHEZ, J. L. (1989): La fíbula «ad ochio» del yacimiento de la Mola de Agres, *Saguntum* 22: 130-145.
- GÓMEZ MORENO, M. (1923): Hallazgo arqueológico en el puerto de Huelva, *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 38.
- GÓMEZ DE SOTO, J. (1991): Le fondeur, le trafiquant et les cuisiniers. La broche d'Amathonte de Chypre et la chronologie absolue du Bronce Final Atlantique: En *L'Age du Bronze Atlantique*. (Chévillot, Ch. y Coffyn, A. eds.) Actes du 1er. Colloque du parc archéologique de Beynac. pp. 369-373.

- GÓMEZ DE SOTO, J. y PAUTREAU, J.-P. (1988): Le crochet protohistorique en bronze de Thorigné à Coulon, (Deux Sèvres). *Archäologisches Korrespondenzblatt*, 18, Heft 1: 31-42.
- GONZÁLEZ PRATS, A. (1983): *Estudio arqueológico del poblamiento antiguo de la Sierra de Crevillente, Alicante* Anejo a *Lvcentvm*, 1.
- ID. (1985): Sobre unos elementos materiales del comercio fenicio en tierras del Sureste Peninsular, *Lvcentvm* 4: 101-134.
- ID. (1990): *Nueva Luz sobre la Protohistoria del Sureste*. Alicante, Universidad de Alicante. Caja de Ahorros Provincial de Alicante.
- ID. (1992): Una vivienda metalúrgica en la Peña Negra (Crevillente, Alicante), *Trabajos de Prehistoria*, 49: 143-157.
- HALSTEAD, P. y O'SHEA, J. (1982): A friend in a need is a friend indeed: social storage and the origins of social ranking. En *Ranking, resource and exchange*, (Renfrew, C. y Shennan, eds.). Cambridge, Cambridge University Press. pp. 79-88.
- HARDING, A. (1976): Bronze Age agricultural implements in Bronze Age Europe. En *Problems in economic and social Archaeology*. (Sieveking, G. de; Longworth, I. H. y Wilson, K. E. eds.) London, Duckworth, pp. 513-521.
- ID. (1983): The Bronze Age in Central and Eastern Europe: Advances and prospects. En *Advances in World Archaeology*. (Wendorf, F. y Close, A. E. eds.), 2: 1-50.
- ID. (1984): Aspects of the social evolution in the Bronze Age. En *European social evolution. Archaeological perspectives*. (Bintliff, J. ed.) Bradford, Bradford University Press. pp., 135-146.
- ID. (1989): Interpreting the evidence for agricultural change in Late Bronze Age in Northern Europe, En *Bronze Age Studies. Transactions of the British-Scandinavian Colloquium in Stockholm. May 10-11 1985* (Nordström, H.-A. y Knape, A. eds.), Stockholm Historiska Museum Studies, 5: 173-181.
- HELMS, M. (1988): *Ulysses sail. An ethnographic Odyssey of power, knowledge and geographical distance*. Princeton, New Jersey. Princeton University Press.
- HIRTH, K. G. (1978): Interregional trade and the formation of prehistoric gateway communities. *American Antiquity* 43:35-45.
- HOPF, M. (1982): *Vor und Frühgeschichtliche Kulturpflanzen aus den Nördlicher Deutschland*. Katalogue Vor und Frühgeschichtlicher Altertümer. Band 22. Mainz.
- HUGUES, C. (1965): La découverte sous-marine de Rochelongue, Adge (Hérault). *Comptes rendus de l'Académie des Inscriptions et Belles Lettres*: 176-178.
- HUNDT, H.-J. (1953): über Tüllenhaken und Gabeln, *Germania* 31:145-155.
- JÄGER, K.-D. y LOZEK, V. (1982): Environmental conditions and land cultivation during Urnfield Bronze Age in Central Europe. En *Climatic change in Later Prehistory*. (Harding, A. ed.), Edinburgh, Edinburgh University Press. pp. 162-178.
- JOCKENHÖVEL, A. (1974): Fleischhacken von den Britischen Inseln. *Archäologisches Korrespondenzblatt* 4: 329-338.
- KALB, PH. (1974 (77)): Una data C-14 para o Bronze Atlântico. *O Arqueólogo Português*, Serie III, 17: 141-144.
- ID. (1978): Senhora da Guia, Baiões, Die Ausgrabung 1977 auf einer Höhensiedlung der atlantischer Bronzezeit in Portugal. *Madrider Mitteilungen* 19: 112-138.
- KARAGEORGHIS, V. y LO SCHIAVO, F. (1989): A west Mediterranean obelos from amathus. *Rivista di Studi Fenici* 17: 15-29.
- KIRCH, P. V. (1984): *The evolution of the Polynesian chiefdoms*. Cambridge, Cambridge University Press.
- LINDEROTH WALLACE, B. (1991): The Vikings in North America: myth and reality. En *Social Approaches to Viking Studies*. (Samson, R. ed.) Glasgow Cruithne Press pp. 221-234.
- LUZÓN, J. M.<sup>a</sup> y COIN CUENCA, L. M. (1986): La navegación pre-astronómica en la Antigüedad: Utilización de pájaros en la orientación náutica. *Lvcentvm* V: 65-85.
- MADARIAGA, S. DE (1979): *España. Ensayo de Historia Contemporánea*. Madrid, Espasa Calpe, Decimotercera edición.
- MARINVAL, PH. (1988): *L'Alimentation végétale en France du Mésolithique jusqu'à L'Age du Fer*. París, C.N.R.S.
- MARTÍN DE LA CRUZ, J. C. (1988): Mykenische Keramik aus Bronzezeitlichen Siedlungen von Montoro am Guadalquivir. *Madrider Mitteilungen* 30: 77-91.
- ID. (1992): La Península Ibérica y el Mediterráneo en el II Milenio a. C. *Catálogo de la Exposición «El Mundo micénico. Cinco siglos de la primera civilización europea. 1600-1100 a. C.»* Madrid, enero-febrero de 1992. pp. 110-114.
- MARTÍNEZ SANTA-OLALLA, J. (1935): La cerámica pintada céltica de la Península Ibérica. *Actas y Memorias de la Sociedad Española de Arqueología, Etnología y Prehistoria*. XIV.
- MATTHÄUS, H. (1985): *Metallgefäße und Gefäßbunterzätze der Bronzezeit der geometrischen und archaischen Periode aus Cypern*. Prähistorische Bronzefunde II (8). München.
- ID. (1989): Cypern und Sardinien im frühen 1. Jahrtausend v. Chr. En *Early Society in Cyprus*. (Peltenburg, E. ed.). Edinburgh, Edinburgh University Press. pp. 244-255.
- MONTERO, I., (1990): Análisis químico aplicado al estudio de los objetos arqueológicos de metal, *Boletín del Museo Arqueológico Nacional*. VIII: 13-19.
- MUCKELROY, K. (1978): *Maritime Archaeology*. Cambridge, Cambridge University Press.
- MULHY, J. y STECH, T. (1990): Final Observations. *Metallographic and Statistical of Coper Ingots from Sardinia*. (Lo Sciavo, F. al. eds.) Quaderni 17 Ministero per I Beni Culturali e Ambientale. Sassari.
- NAVARRO MEDEROS, J. F. (1982): Materiales para el estudio de la Edad del Bronce en el valle medio del Vinalopó: *Lvcentvm* I: 19-70.
- NIEMEYER, H.-G. (1985): El yacimiento fenicio de Toscanos: urbanística y función. *Aula Orientalis* III (1-2): 109-126.
- PENHALLURICK, R. (1986): *Tin in Antiquity*, London. Institute of Metals.
- PEREA, A. (1991): *Orfebrería prerromana. Arqueología del oro*. Madrid, Caja de Madrid y Comunidad de Madrid.
- PETERS, J. y DREICH, A. von (1990): Archäologische Untersuchung der Tierreste aus der kupperzeitlichen siedlung von Los Millares (prov. Almería). *Studien über frühe Tierknochenfunde von der Iberischen Halbinsel*. 12, München, pp.: 51-110.
- PONTE, S. DA (1989): As fíbulas do Bronze Final Atlântico/I.<sup>a</sup> Idade do Ferro do Noroeste Peninsular - Abordagem e enquadramento cultural. *Trabalhos de Antropologia e Etnologia*, 29 (1-4): 73-79.
- PRYOR, F. (1989): Look what we've found» - a case study in public Archaeology. *Antiquity*, 63-238: 51-61.
- ID. (1991): Flag Fen. *Current Archaeology* 119: 386-390.
- ID. *Flag Fen. Prehistoric Fenland Centre*. London, B. T. Batsford Ltd. y English Heritage.

- PRYOR, F.; FRENCH, CH. y TAYLOR, M. (1986): Flag Fen, Fengate, Peterborough I: Discovery, reconnaissance and initial excavation (1982-85). *Proceedings of the Prehistoric Society* 52, 1-24.
- RÉAU, L. (1957): *Iconographie de L'art chrétien Paris*, Presse Universitaire Française.
- RENFREW, C. (1986): Varna and the emergence of wealth in prehistoric Europe. En *The social life of things*. (Apparuddai, A. ed.) Cambridge, Cambridge University Press. pp. 141-168.
- RIVERA NUÑEZ, D., OBON DE CASTRO, C. (1989): La dieta cereal prehistórica y su supervivencia en el área mediterránea. *Trabajos de Prehistoria*, 46, 247-254.
- RIVERA NUÑEZ, D.; OBON DE CASTRO, C. y ASENSIO MARTÍNEZ, A. (1988): Arqueobotánica y Paleobotánica en el Sureste de España. Datos preliminares. *Trabajos de Prehistoria*, 45: 317-334.
- ROWLANDS, M. (1980): Kinship, alliance and exchange in the European Bronze Age. En *Settlement and Society in the British Later Bronze Age* (Barret, J. y Bradley, R. J. eds.). British Archaeological Reports, British Series, 83: pp. 15-55.
- RUIZ-GÁLVEZ, PRIEGO, M. (1979): El depósito de Hío y el final de la Edad del Bronce en la fachada atlántica peninsular. *El Museo de Pontevedra* XXXIII: 129-150.
- ID. (1982): Nueva espada dragada en el río Ulla: armas arrojadas a las aguas. *El Museo de Pontevedra*. XXXVI: 181-196.
- ID. (1984): *La Península Ibérica y sus relaciones con el círculo cultural atlántico*. Madrid, Universidad Complutense, 2 tomos.
- ID. (1986): Navegación y comercio entre el Atlántico y el Mediterráneo a fines de la Edad del Bronce. *Trabajos de Prehistoria*, 43: 9-42.
- ID. (1987): Bronce Atlántico y «cultura» del Bronce Atlántico en la Península Ibérica. *Trabajos de Prehistoria*, 44: 251-264.
- ID. (1989): La orfebrería del Bronce Final. El poder y su ostentación. *Revista de Arqueología* Extra, 4: 46-57.
- ID. (1990): La metalurgia de Peña Negra I. Apéndice a *Nueva luz sobre la Protohistoria del Sudeste*. (González Prats, A.) Universidad de Alicante, Caja de ahorros provincial. pp. 317-357.
- ID. (1991): Songs of a wayfaring lad, Late Bronze Age atlantic exchange and the building of the regional identity in the west Iberian Peninsula. *Oxford Journal of Archaeology*, 10 (3): 227-306.
- ID. (en prensa): La novia vendida. Agricultura, herencia y orfebrería en la Protohistoria de la Península Ibérica. *Spal* 1.
- RUIZ-GÁLVEZ, PRIEGO, M. y GALÁN DOMINGO, E. (1991): Las estelas del Suroeste como hitos de vías ganaderas y rutas comerciales. *Trabajos de Prehistoria*, 48: 257-273.
- RUIZ MATA, D. (1989): Huelva: Un foco temprano de actividad metalúrgica durante el Bronce Final. En *Tartessos. Arqueología Protohistórica del bajo Guadalquivir* (Aubet, M. E. ed.). Sabadell, AUSA, pp. 209-243.
- ID. (1991): La Ría de Huelva: un foco clave de la Protohistoria Peninsular. En *Armas y objetos de bronce extraídos en los dragados del puerto de Huelva* (TERRERO, J.). Clásicos de la Arqueología de Huelva, 3: 57-70. Excma. Diputación Provincial de Huelva.
- RUIZ ZAPATERO, G. (1985): *Los Campos de Urnas del Noroeste de la Península Ibérica*. Madrid, Universidad Complutense. 2 tomos.
- SCHAUER, P. (1983): Orient im Spätbronze - und Früheisenzeitlichen Occident. Kulturbeziehungen zwischen der Iberischen Halbinsel und dem Vorderen Orient während des Späten 2, und des Ersten Drittles des 1. Jahrtausends v. Chr., *Jahrbuch des Römisch-Germanischen Zentral Museum*, 30: 175-194.
- SCHIAVO, F. LO; MCNAMARA, E. y VAGNETTI, L. (1985): Late Cypriots imports to Italy and their influence on local Bronzework. *Papers of the British School at Rome*, LIII: 1-71.
- SCHIAVO, F. LO y RIDGWAY, D. (1986): La Sardegna e il Mediterraneo allo scorcio del II Milenio. *La Sardegna nel Mediterraneo tra el Secondo e il Primo Milenio a. C.* Cagliari. pp. 391-418.
- SCHUBART, H. (1976): Las relaciones mediterráneas de la cultura de El Argar. *Zephyrus* XXV-XXVII. Versión alemana en *Madrider Mitteilungen*, 14-41.
- ID. (1985): El asentamiento fenicio del s.VIII en el Morro de Mezquitilla, (Algarrobo, Málaga). *Aula Orientalis* III (1-2): 55-83.
- SCHÜLE, W. (1968): Navegación primitiva y condiciones de visibilidad de la tierra en el Mediterráneo. *Actas del XI Congreso Nacional de Arqueología*, pp. 449-462.
- ID. (1976): Der bronzezeitliche Schatzfund von Villena, (Alicante), *Madrider Mitteilungen*, 17: 142-168.
- SEBASTIÁN LÓPEZ, S. (1978): *Mensaje del Arte medieval*. Departamentos de Arte de las Universidades de Córdoba y Valladolid.
- SHERRATT, A. (1987): Cups that cheered, En *Bell Beakers of the western Mediterranean* (Waldren, W. y Kennard, eds.) British Archaeological Reports. International Series, 33: pp. 81-114.
- ID. (en prensa): Core, periphery and margin: Perspectives on the Bronze Age. *Development and decline in the mediterranean Bronze Age*. (Stoddart, S. y Mathers, C. eds.). Sheffield, Sheffield University Press.
- SHERRATT, A. y SHERRATT, S. (1991): From luxuries to commodities: The nature of Mediterranean Bronze Age trading Systems. En *Bronze Age trade in the Mediterranean*. (Gale, N. H. ed.) Studies in mediterranean Archaeology, XC: 351-386.
- SILVA, C. A. F. (1986): *A cultura castreja no Noroeste português. Paços de Ferreira*.
- SILVA, C. A. F.; SILVA, C. T. y LOPES, A. B. (1986): Depósito de fundidor do final da Idade do Bronze de castro da Senhora da Guia (Baíões, S. Pedro do Sul, Viseu). *Centro de Estudos Humanísticos*. pp. 73-95.
- SILVA, C. T. (1980): Contribuição para o estudo da Cultura Castreja na Beira Alta. *Actas do seminário de Arqueologia do Noroeste Peninsular*. II: 171-181.
- SOLER, J. M.<sup>a</sup> (1965): *El tesoro de Villena*. Madrid, Excavaciones Arqueológicas en España, 36.
- ID. (1969): El oro de los tesoros de Villena. *SIP. Trabajos Varios*. 36.
- ID. (1987): *Excavaciones arqueológicas en el Cabezo Redondo*. Villena, Ayuntamiento de Villena e Instituto de Estudios Juan Gil-Albert.
- SPINDLER, K. Y VEIGA FERREIRA, O DA (1973): Der Spätbronzezeitliche Kuppelbau von der Roça do Casal do Meio in Portugal. *Madrider Mitteilungen*, 14: 60-108.
- STEVENSON, A. C. Y MOORE, P. O. (1986): Studies in vegetational history of S. W. Spain II. Palynological investigations at El Acebrón, Huelva. *Journal of Biogeography*, 15: 339-361.
- TANDA, G. (1986): El carro in Etá nuragica. *La Sardegna nel Mediterraneo tra il Secondo e il Primo Milenio a. C.* Cagliari. pp. 63-79.
- TARAMELLI, A. (1921): Il ripostiglio dei bronzi nuragici de Monte Sa Idda. *Monumenti Antichi* XXVII: 373-410.
- TERRERO, J. (1944): Armas y objetos de bronce extraídos en los dragados del puerto de Huelva. (*Edición facsimil de Clásicos de la Arqueología de Huelva*, 3. 1990).

- TYLECOTE, R. F. (1987): *The early History of metallurgy in Europe*. London & New York, Longman.
- VAGNETTI, L. (1986): L'Egeo e Cipro. En *La Sardegna nel Mediterraneo fra el Secondo e il Primo Milenio a. C.* Cagliari. pp. 359-367.
- VAGNETTI, L y SCHIAVO, F. LO (1989): Late Bronze Age long distance trade in mediterranean: the role of the Cypriots, En *Early Society in Cyprus*. (Peltenburg, E. ed.). Edinburgh, Edinburg University Press. pp. 217-243.
- VILA VALENTI, J. (1968): *La Península Ibérica*. Barcelona, Ariel.
- WELLS, P. S. (1983): *Rural economy in the Early Iron Age. Excavations at Hacherkeller 1978-1981*. American School of Prehistoric Research. Bulletin 36.
- ID. (1984): *Farms, villages and cities. Commerce and urban origins in late Prehistoric Europe*. Ithaca & London. Cornell University Press.
- ZOHARY, D. Y HOPF, M. (1973): Domestication of pulses in the Old World. *Science*, 182: 887-894.
- ID. *Domestication of plants in the Old World. The origin and spread of cultivated plants in West Asia, Europe and the Nile Valley*. Oxford, Clarendon Press.